



Comedias

3050



SÉ SERRANO

5

Caricatura de TOVAR

Juan José LORENTE Los de Aragón

Una noche de primavera sin sueño

Enrique JARDIEL PONCELA

Número extraordinario

UNA peseta

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26



MADRID



Apartado 8.036

EDITORIAL SIGLO XX

HA PUESTO A LA VENTA

La obra de más éxito de Muñoz
Seca y Pérez Fernández

Los extremeños se tocan

— y —

la comedia en tres actos
original de Honorio Maura

Julietta compra un hijo

Precio: 5 ptas. ejemplar.

Los pedidos a EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez S. Pedro, 26. — Apartado 8.036. — MADRID

JUAN JOSE LORENTE

LOS DE ARAGON

ZARZUELA DE COSTUMBRES ARAGONESAS, EN UN ACTO, DIVIDIDO
EN CUATRO CUADROS, EN PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

José Serrano

Estrenada en el Teatro del Centro, el 16 de abril de 1927.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

GLORIA	Srta. Badía.
PILARA	Hidalgo.
BELEN	Salvador.
IGNACIA	Caballé.
DONCELLA	Taberner (M.).
AGUSTIN	Sr. Pulido.
SEÑOR DIONISIO.....	González (V.).
«RELEÑE»	Barreto.
LUIS	Bravo.
MANOLO	García.
COLAS EL TABLONES.....	León (P.).
FRANCISCO	Aguilar.
ANTONIO	Serrano.
CAMARERO	Fabra.
INSPECTOR	Bermúdez.
CANTADOR	Olcina.
RONDADOR 1.º	Badía.
RONDADOR 2.º	Alonso.

Rondalla de guitarras y bandurrias.—Epoca actual.

669969

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Calle corta, vista desde el fondo. A todo foro, paseo de árboles, cuyas copas ilumina el resplandor de los arcos voltaicos de un «music-hall». A la derecha, saliente de una edificación moderna. Es la fachada lateral o posterior del «music-hall». Pared lisa con una sola puerta sobre la que se lee : «Music-hall Imperio. Paso al escenario.» A un lado de la puerta, «afiche» de la cupletista «Gloria del Moncayo». Calle en primer término. A la izquierda, un bar, con veladores en la acera. Forma manzana entre dos calles. Encima de la puerta, la muestra «Bar-café «El Huerva».

Antes de levantarse el telón, suena dentro una rondalla de guitarras y bandurrias y una voz que canta :

VOZ. «Palomica aragonesa,
no dejes tu palomar ;
que te harán volver de lejos
las campanas del Pilar.»

(Al levantarse el telón Camarero, en la puerta del bar, canturreando. Antonio y Francisco, por segunda derecha.)

FRANCISCO. ¡ Quió ! Dos de cazalla.

CAMARERO. ¿ A pulso ?

ANTONIO. No tal ; que aún da tiempo pa tomalas sentaus. *(Entra el Camarero en el bar. Francisco y Antonio se sientan a un velador.)*

FRANCISCO. Me paice a mí que va a ir servida.

ANTONIO. Yo hi estau por traime los borceguines con clavos.

FRANCISCO. ¿Pa qué? Con las varas hay bastante ; porque semos muchos pa armar frinfran.

ANTONIO. Debía venir la barriada en cuajo.

FRANCISCO. Ya te digo yo que el escalzaperros será decente. *(Sale Camarero del bar con servicio.)*

CAMARERO. Las copas. *(Sirve y hace ademán de retirarse.)*

FRANCISCO. Deja la botella ; que con un pie no se anda.

ANTONIO. Amás, tenemos que hacer coraje.

CAMARERO. ¿Van a algún partido de fútbol?

FRANCISCO. Vamos a quitale la cabeza a esa chantiuse, u como se diga, que dibuta ahí enfrente.

CAMARERO. Gloria del Moncayo. Tengo entendido que es una hembra súper. Y una gran artista.

FRANCISCO. Pues hoy le vamos a quitar hasta el apellido.

ANTONIO. No sabe lo que ha hecho viniendo a cantar a su tierra.

CAMARERO. ¡ Ah ! ¿ Pero es de aquí ?

FRANCISCO. Nacida y criada. Nieta del tío Dionisio el posadero. *(Colás el Tablones, por el foro izquierda.)*

TABLONES. Salú, que no cansa. *(Se sienta en el velador próximo.)*

CAMARERO. ¿ Qué va a ser ?

TABLONES. Pa mí, un vaso palmero de escatrón, y pa los señores lo que les apetezga.

FRANCISCO. Muchismas gracias. *(Asombro.)*

ANTONIO. Hombre... *(Idem.)*

TABLONES. ¿ Qué, que no tenís el gusto de conoceme? Yo tampoco a vusotros. Pero pa convidar, no hace falta la conocencia. *(Al Camarero.)* Amos, tú, trai bebida a manta. No te quedes como un falcino. *(Entra el Camarero en el bar.)*

FRANCISCO. Me gusta este hombre por lo campechano.

ANTONIO. Y a mí. Ande, venga con nosotros. No se esté ahí solico.

TABLONES. También tiés razón. (*Cambia de asiento.*)
Pidir lo que vus dé la gana. Truje al ferial un macho guito y me lo hi quitau, ganándome tres onzas en el trato. Diquá que no las queme, no pienso golveme al pueblo. (*Vuelve Camarero con botellas.*)

CAMARERO. ¿Escatrón a ustedes también?

FRANCISCO. Bueno.

TABLONES. En los vasos, en los vasos. Estas jicaras no cogen una glarima. (*Sirve el Camarero y se retira.*)

ANTONIO. Vay, pues a su salú.

TABLONES. A la de todos. (*Beben.*)

FRANCISCO. Oye, Antonio, este amigo podía venir también.

TABLONES. ¿Ande?

FRANCISCO. A dale pal pelo a una cupletera.

TABLONES. ¿Es mala u qué?

ANTONIO. Pior. Se escapó de su casa pa echase a los varietes. ¡Y pa qué el estrapalucio que armó! Su madre, que era una santa, se infló del desgusto.

FRANCISCO. Nos himos juramentau los del barrio pa dale un qué sentir.

TABLONES. Bien me paice.

FRANCISCO. De manera y modo que si quiere usté acompañanos...

TABLONES. ¿A armar trefulca? Aunque cantalee. Poquico que me gustan a mí estas divirsiones. Andando se quita el frío. Voy a mercame un brillete. (*Se levanta.*) ¿Echamos el arranque?...

FRANCISCO. Yo no bebo más.

ANTONIO. Ni yo.

TABLONES. Como vus dé la gana. (*Llama.*) ¡Mozo! (*Sale Camarero del bar.*)

CAMARERO. ¿Llamaban los señores?

TABLONES. Ahí tienes. (*Echa un duro en el velador e inicia el mutis.*)

CAMARERO. Las vueltas.

TABLONES. Pa tú. Yo con las güeltas me mareo. (*Des-*

aparecen Tablones, Francisco y Antonio por la segunda derecha.)

CAMARERO. ¡Vaya un cate rumboso! Luego dicen que a estos ranas hay que pegarles en el codo pa que suelten la propina. *(Luis y Manolo por la primera calle de la izquierda.)*

LUIS. ¡Hola, chico!

MANOLO. Vermú pa los dos.

CAMARERO. Por la posta. *(Entra Camarero en el bar. Luis y Manolo se sientan.)*

MANOLO. ¿Quiere decirse que tú no entras?

LUIS. No. No valgo pa ciertas cosas.

MANOLO. Pues yo no me pierdo la jarana. Va a ser de órdago a todo. El barrio se ha volcao en el Imperio. Y vienen con siete gatos en la barriga. Sobre todo las mujeres. La van a pelar. *(Sale Camarero del bar y sirve.)*

CAMARERO. El vermú. Y tómenlo despacio, que se van a divertir.

LUIS. ¿Pues?...

CAMARERO. ¿No sabe usté la que le preparan a la «estrella» debutante? Aquí han venido la mar de parroquianos a hacer coraje. Pa mí que la mondan. Yo, como pueda, pasará a la hora del jollín.

MANOLO. Vamos a entrar. Será divertido.

LUIS. Me da pena esa infeliz.

MANOLO. No digas. Ganao se lo tiene. Hizo su gusto, y bien está. Pero ¿venir a afrentar a los suyos encima de lo que les ha hecho sufrir? Amos, que no. Yo mé alegro de que le quiten hasta el tipo. Y pondré mi grano de arena.

LUIS. No te quito la voluntá. Pero yo no entro. Te espero aquí.

MANOLO. Bueno; cuando salgan esas, las entretienes. *(Llega Releñe por la segunda derecha.)*

RELEÑE. *(Hablando solo.)* Claro que yo tengo que entrar. Y rompeme los jarretes pataliando. Y echar el plumón por la boca dijiéndole perrerías. Porque, al fin y al cabo, soy el que hi armau esta marimorena. No tengo más remedio que entrar y rajame de hacer el burro. *(Transición.)* Pero,

¡releñe!, también es jūada la que vamos a hacele a la probecica. Y bien mirau, es mi dueña. Mi dueña, sin podelo negar. Y tenemos jubau juntos de pequeños, y... Yo debo golveme atrás y sacar la cara por ella... (*Transición.*) Pero, ¡releñe! ¿Y la infeliz de su madre, que se reventó del soponcio? ¿Y mi otra dueña, la Pilara, que no devanta los ojos del suelo por culpa de esta indina? ¿Y mi amo, el señor Donisio, que no ha echau luz dende que se jopó? Eso no pué quedar así. Yo entro. Y rompo vainte butacas. Y hago el abrío hasta que me se lleven los del casco. (*Inicia el mutis muy resuelto y se detiene.*) Agora, que no puedo remedialo. Me da muchisma pena. Más me vaía no entrar. Ojos que no ven... ¡Releñe, qué compromís! ¡No sé qué hacer! Si al menos cantara aquellas jotas de antes... Pero tengo entendido que agora canta en franchute... ¡Mía que cantar en franchute una de la Parroquia del gancho!... Yo entro y rebuzno. Y sea lo que Dios quiera. (*Vuelve a iniciar el mutis.*)

LUIS. ¿Te fijas en Releñe?

MANOLO. ¿Qué le pasa a ese estontorizao?

LUIS. ¡Eh, Releñe! ¿Te has vuelto de cabeza?

RELEÑE. Pa todo tengo. Más m'alegro de encontrarus que si me cayera el gordo.

LUIS. ¿Pasa algo?

RELEÑE. ¡Una fiambrrera! Pero no es nada pa lo que pué pasar, si el Señor no lo remedia. ¿Sabís quién ha llegau?

LUIS. ¿Quién?

RELEÑE. El Agustín. (*Estupor.*)

MANOLO. ¿Agustín?

RELEÑE. Vistido de sargento y con más cruces que un pelegrino.

LUIS. ¿Cuándo? (*Ansiedad.*)

RELEÑE. Hace un par de horas. All. ha est'au, en la posada, a ver a la Pilara y al agüelo. ¡Qué espetaculo! Partía el corazón a rebanadas. ¡Nos himos pegau todos una lloradera!

LUIS. ¿Ves tú qué fatalidá?

MANOLO. ¡Luego dicen de las novelas!

LUIS. ¿Sabe Agustín que está aquí la otra?

RELEÑE. No. Yo iba a escuillalo; pero el amo me ha dau un capón, pa que callara, que hi visto las estrellas.

LUIS. Menos mal.

RELEÑE. Pero ¡mucho tardará en enterase! Y como se entere .. ¡con lo que la quería y con lo furo que debe gol-ver!...

LUIS. ¿Se ha quedao Agustín en la posada?

RELEÑE. No, que ha ido a buscarus.

LUIS. Manolo, vete y no pares hasta encontrarlo. Yo espero aquí, por si llegara.

MANOLO. ¿Y dónde doy con él?

LUIS. ¿Qué sé yo? Habrá ido a buscarnos al Moderno, a Royalty, a tu casa, a la mía. Recórrelo todo. No debemos dejarlo solo. ¡Si se entera de que esa mujer está aquí..!

MANOLO. Bueno, me voy. Tú no te muevas, por si acaso.

RELEÑE. Yo me voy a la puerta, a enzurizar a los del barrio. A ver si le cascan; que me paice que sí le cascarán.

MANOLO. Hasta luego. *(Al mutis.)*

RELEÑE. *(Al mutis.)* Ya le daremos nusotros a esa jautá. ¡Ande va a parar, cantar en franchute! *(Desaparecen Manolo y Releñe, cada uno por su lado. Al mismo tiempo llega Belén por la puertecilla del «music-hall».)*

BELEN. ¿Ande va ese permaso? ¡Eh, tú, maláge! *(Ilumando a Manolo.)*

LUIS. Déjalo. Vuelve en seguida.

BELEN. Paese que va a cogé un tren fugao.

LUIS. Anda, siéntate. ¿Y tu amiga?

BELEN. *(Sentándose.)* De zeguía zale. E de plomo la hija de mi arma.

LUIS. ¿Qué tomas?

BELEN. Vermú, porque zupongo que noz echarei bien de sená.

LUIS. *(Palmotea.)* ¡Mozo! *(Camarero, en la puerta.)*

CAMARERO. Mande.

LUIS. Vermú pa ésta.)

BELEN. Con anchoaz, zi púé zé.

CAMARERO. Ya lo creo. *(Entra en el bar.)*

BELEN. ¿Ha ocurrido algo? Tíes cara e funerá.

LUIS. Acaban de traernos una noticia que nos ha hecho polvo a Manolo y a mí. Un amigo que ha llegado de Africa.

BELEN. Po ezo no é pa poneze corbata e luto.

LUIS. Pero da la casualidad de que ese chico, que es como un hermano nuestro, fué novio de Gloria del Moncayo.

BELEN. ¿De mi compañera?

LUIS. Ya ves si es mala pata que hayan llegado los dos al mismo tiempo. Porque la quería a cegar. Y ella se ha portao con él como una...

BELEN. Como una mujé. ¿Pa qué andá con rodeoz?

LUIS. El es muy hombre. Y si se entera de que está aquí...

BELEN. Película ar canto. No me digaz má.

LUIS. A buscar ese muchacho ha ido Manolo. *(El Camarero sirve y se retira.)*

BELEN. ¿Pero ve tú qué perrízima zemo la hembra? Al hombre má carmuó le buzcamo una perdisión.

LUIS. Si Manolo da con él y lo trae para aquí, no pasará nada. Pero si no... Yo sé lo quemao que está.

BELEN. A ve. Pa tóo tiene.

LUIS. Lo que ha hecho esa mujer no tiene perdón. En cuanto a él se lo llevaron pal moro, ella se escapó de casa y se echó a cupletera.

BELEN. Lo que yo te digo. Perrízima que zemo, manque noz ezté mal er desirlo. *(Ignacia, por la puerta del escenario.)*

IGNACIA. *(Acabando de vestirse.)* Como si te encorrerían, escapas pues.

BELEN. ¿Ya t'haz aviao? ¡Jozú, hija, que azaurón!

LUIS. ¿Cómo ha ido, chimba? ¿No os han tirao nada? *(Con ironía.)*

BELEN. ¡Mira, er zaborio!

IGNACIA. Tomar los pelos ya te sabe.

BELEN. Ha de zabé tú que hemoz armao el arboroto.

LUIS. Como siempre. ¿Tomas vermú, Ignacita?

IGNACIA. Senar te quedría mejor.

LUIS. Tenemos que esperar a Manolo.

BELEN. ¿Tú qué zabe? Zi eztamo a doz deo de un drama pazioná. Ha yegao der moro er manús que tuvo eza pamplinera de Gloria der Moncayo, y le quíé cortá la cara.

LUIS. ¡Hala, hala, exageración!

BELEN. Hijo e mi arma, lo que tú m'haz contaó.

LUIS. Ni Agustín ha sido el manús de nadie, ni acostumbra a apuñalar mujeres. Lo que pasa, Ignacita, es que Gloria tuvo un novio y se portó con él como una cualquiera. Y Manolo y yo tememos que se le caliente la sangre si ve a su novia cantando cuplés.

BELEN. Pal cazo...

LUIS. Como verás, de lo que sucede a lo que ésta añade...

IGNACIA. Tendrías que tomarte el tranvía de Archanda, o cosa así. (*Gloria y Doncella, por la segunda derecha.*)

BELEN. Míztela la interfesta. Le ví desí a que ande prevenía. (*Se levanta.*)

LUIS. Hazme el favor de no echar la lengua al aire. (*Le obliga a sentarse.*)

IGNACIA. Se tiene rasón Luis. Nosotras, a callar. (*Gloria y su doncella van a entrar por la puerta del escenario.*)

BELEN. Adiós, tú. ¿No quíéz tomá náa?

GLORIA. Buenas noches.

BELEN. Aziéntate, y píe lo que quieraz. Aquí convía.

GLORIA. (*Aparte.*) ¡Luis!

LUIS. (*Se levanta y va a saludar a Gloria.*) Adiós, mujer. Por mucho que hayas subido, no es pa que niegues la palabra.

GLORIA. Perdona, Luis. Iba un poco preocupada. ¿Cómo estás?

LUIS. No tan bien como tú. Chica, te ha sentao estupidamente la nueva vida. ¡Qué guapa! ¡Qué elegante! (*Con sarcasmo.*)

GLORIA. (*Turbada.*) Bueno, Luis, ya nos veremos. Ca-

si no me queda tiempo para vestirme. (*Le tiende la mano.*)

LUIS. Adiós, Gloria, y buena suerte. (*Vuelve al velador.*)

GLORIA. (*Va a entrar en el «music hall» y se detiene.*)
Oye, Luis. Un momento. Con permiso. ¿Tú has oído algo? Creo que me van a recibir muy mal.

LUIS. Mujer...

GLORIA. Tengo un pánico horrible. Más que la primera vez que pisé un tablado.

LUIS. No debías haber venido. Aquí todos saben... (*Releñe, en el foro izquierda, tratando de contener a alguien que no se ve.*)

RELEÑE. Amos, releñe, no sea usted desustanciau ni cabezón. Se vayan a casa, y ¡que la coja un trenvia! (*El señor Dionisio, forcejeando con Releñe y seguido de Pilara, muy afligida.*)

DIONISIO. Aunque haiga sido una loca, lleva mi sangre.

LUIS. (*Aparte, a Gloria.*) (Tu abuelo y tu hermana. Vete. Que no te vean.)

GLORIA. ¿Marcharme? Si no puedo. (*Corre hacia su hermana con los brazos abiertos.*) ¡Hermana mía!

PILARA. (*Rehuyéndola.*) ¡Tú! ¡Y con esa ropa! ¡Dios mío, que vergüenza! (*Llora amargamente.*)

GLORIA. (*Repite el juego.*) ¡Abuelo!

DIONISIO. (*Con dolorosa dignidad.*) ¿Quién es su mercé? No la conozco. Y pué que valga más.

RELEÑE. ¡Güen zancocho himos armau!

GLORIA. ¡Abuelo!

DIONISIO. ¿Qué hi de ser yo abuelo tuyo? Encima de lo otro, que no es paja, has llegau a Zaragoza, y no has ido a rezale a la Virgen ni a ver la sepoltura de tu madre, ni te has acercau a la posada.

GLORIA. Tiene usted razón; pero...

DIONISIO. ¡Qué poco el Agustín...! Nada nos toca, y su primera vesita ha sido pa nosotros...

GLORIA. ¡Dios mío! ¿Pero está aquí Agustín?

LUIS. Desde hace unas horas.

DIONISIO. Ese será, si es caso, nieto mío. A usted no la conozgo, ni aún pa servila.

PILARA. Abuelo, ámonos a casa.

LUIS. Sí, señor Dionisio. ¿Pa qué quiere darse un mal rato?

DIONISIO. Esperarus. Yo tuve una nieta que era mi argullo; pero me la robó el demonio malo de la vanidá. Pal cuento, como tenía güen ver, se le llenó la cabeza de pajaricos, y se jopó puel mundo a cantar cupletes...

GLORIA. Abuelo, tenga usted caridad.

DIONISIO. Según oídas, está hecha una raina: con mucho vistido de seda y mucho sombrerete y muchas piedrerías. Claro que todo lo habrá ganau como se ganan esas cosas. ¡Si me lo hubián dicho algún día! (*Secándose una lágrima.*)

RELEÑE. (*Haciendo lo propio.*) Amos, tenga usted ánimo. ¿No me ve a mí?

DIONISIO. Si su mercé se la alcuentra por ahí, le dice a qué precio himos pagau su capricho; que por ella nos vemos sin honra; que su probecica madre—¡hija de mi corazón!—se murió de pena; que a su hermana la tienen los hombres sobrejo; y que yo, voy con la cabeza baja dende estonces.

GLORIA. No puedo más.

DIONISIO. Se lo diga su mercé. Y le diga tamién que el tío Dionisio, el posadero, no tiene más que una nieta, ésta, la Pilara, que es una mujer de bien. (*Solloza.*)

PILARA. (*Abrazándose al señor Dionisio.*) ¡Abuelo!

DIONISIO. (*Abraza a Pilara y la besa en la frente.*) Amos, maña. Ya hi soltau todo lo que tenía que soltar. Agora, ámonos a nuestra caşica; a repudrinós de vergüenza mientras ésta sale medio corita a cantar indecencias. ¡Adiós, señora! Que la Virgen la guíe -- a nusotros no nos abandone. (*Apoyándose en Pilara, desaparecen, llorando los dos, por el foro derecha. Releñe y Luis los acompañan hasta la caşa. Luis, emocionado. Releñe, haciendo gestos de cómica indignación.*)

GLORIA. (*Desolada.*) ¡Madre del cielo!

BELEN. La jerraurá m'ha partío a mí er numerito.

IGNACIA. Como si me pasaría algo te estoy. (*Se seca los ojos.*)

DONCELLA. (*A Gloria, que llora en silencio.*) Vamos, señorita. No se atormente. Esto era de esperar. Vamos... Tiene que vestirse...

GLORIA. (*Recobrándose.*) Tiene razón. Todos tienen razón; No he debido venir... Pero ya no hay remedio... ¡A cantar! ¡A divertir a los que nagan y exigen! Lujos, aplausos... ¡Qué caros costáis! (*Entra en el «music-hall», seguida de la doncella.*)

BELEN. Me paese a mí que con eztaz coza, ze no ha puezto la sena a la funerala.

IGNACIA. Ni en chansa me lo dirías; porque te tengo un apetito...

BELEN. Pero yo seno. Y tú también. Vamos pa dentro; que nos zirvan y ya pagarán ezo permaso.

IGNACIA. Abusar parece. (*Camarero aparece en la puerta.*)

BELEN. (*Inicia el mutis hasta el interior del bar.*) Oye, chavea, cuando vengam Lui o Manolo, que eztamoz en el rezervao de costumbre.

CAMARERO. Se les dirá.

BELEN. Y pa no estar parás, que noz traigan entremeeze. (*Entra en el bar seguida de Ignacia.*)

CAMARERO. Eso en el mostrador. Yo toreo por las afueras. (*Una pausa. Vuelve Luis por el foro derecha.*)

LUIS. (*Extrañeza.*) ¿Y esas?

CAMARERO. Acaban de pasar al reservao.

LUIS. Ah, bueno. (*Se sienta.*)

CAMARERO. ¿Usté no pasa?

LUIS. Luego. (*Enciende un pitillo, se levanta y escruta las bocacalles con gran impaciencia.*) ¡Ese mozo! ¿Dónde se habrá metido? Me escama que Manolo no haya dao con él. (*Vuelve al velador.*)

CAMARERO. Parece que tarda su amigo,

LUIS. (*Volviendo a mirar en todas direcciones.*) Si yo supiera que había ido a casa de su primo... Pero no me atrevo a moverme de aquí... (*Mirando fijamente hacia el foro izquierda.*) Por allí parece que viene un militar... La pinta es la suya... Pero no... Digo sí... (*Gritando.*) ¡Agustín!

AGUSTIN. (*Dentro.*) ¿Quién me llama?

LUIS. Yo. Tu amigo de siempre.

AGUSTIN. (*Llega presuroso y con los brazos abiertos, por el foro izquierda.*) ¡Luisillo!

LUIS. (*Abrozándole con fuerza.*) ¡Agustín!

AGUSTIN. (*Después de una pausa.*) He preguntao por vosotros y me han dicho que os reñais en un ba de por aquí.

LUIS. Sabíamos que habías llegao por Releñe.

AGUSTIN. En la posada me han encaminao. ¿Y Manolo?

LUIS. Buscándote por todo Zaragoza.

AGUSTIN. ¡Abrázame otra vez!

LUIS. (*Abrazándole.*) Chico, parece que fué ayer cuando te marchaste.

AGUSTIN. Y han pasao tres años. ¡Las cosas que han pasao en esos tres años!

LUIS. Siéntate y toma algo hasta que vuelva Manolo. ¿Qué te apetece?

AGUSTIN. Algo fresco. Porque traigo el corazón encogido de tantas emociones. De la estación me he ido al Pilar. Chico, no te rías, pero se me figura que la Virgen me ha recibido sonriendo... (*Luis palmorea. Sale el camarero, recibe orden de servir y entra en el bar.*)

LUIS. ¿Por qué me voy a reír?

AGUSTIN. Se conoce que se acuerda de que le he rezao pensando no volver a verla nunca. Luego a la posada. ¡Qué escena! ¡Esa pobre Pilara! ¿Pues y el señor Dionisio? Me han hecho llorar...

LUIS. Todos nos acordábamos mucho de ti,

AGUSTIN. (*Con amargura.*) Todos, no.

LUIS. Calla. No pienses en aquello.

AGUSTIN. Necesito desahogar mi pena y mi rabia. ¿Y con quién mejor que contigo que has sido pa mí talmente un hermano?

LUIS. ¡Créeme; si yo hubiera podido evitar lo que sucedió!

AGUSTIN. Ya lo sé. *(El camarero vuelve a salir del bar, sirve a Agustín y se retira.)*

LUIS. ¡Las cosas que le dije a esa mujer pa quitarle la manía! Pero fué un ramo de locura. Se empeñó en hacer su gusto y no miró nada.

AGUSTIN. ¡Maldita mil veces! Lo que he penao por ella.

LUIS. No te acuerdes.

AGUSTIN. Cuando recibí la carta tuya, pensé que iba a dar en loco.

LUIS. Yo me resistía a decirte la verdá... Pero no hubo otro remedio.

AGUSTIN. Y pa que veas lo que son las cosas: de aquella rabia, de aquellas ganas de morir, me ha venido esto: los galones, estas cruces, la fama de héroe que me han colgao... ¡Héroe!

LUIS. Te has portao como un valiente.

AGUSTIN. Como un pobre desesperao. A ti debo decirte la verdá.

LUIS. Cuenta.

—MÚSICA

AGUSTIN. Esta historia de amargura
es tan sólo para ti,
Una noche clara
de luna serena,
solo con mi pena,
al campo salí,
loco de amor
y el alma mía sin fe,
recordando en mi dolor,

sus promesas engañosas,
de sus coplas el sutil rumor :
«Agüita que corre al mar...
Agüita que corre al mar,
atrás no puede volver.
Así es también mi cariño :
cariño, cariño :
«Agüita que corre al mar
y atrás no puede volver.»

De pronto, unas sombras :
dos moros espías
de un grupo que el puesto
iba a sorprender.
Me arrastro entre peñas
y machete en mano,
con sed de venganza,
hasta ellos llegué.
Y en lucha rabiosa
la suerte fué mía
y a los dos maté.

Por pensar en una Gloria,
otra gloria conseguí.
Cubierto de heridas,
casi sin aliento,
llego al campamento
y el alerta di.
Ciega de furor
salió mi gente con fe,
y avanzando sin temor
añadieron nueva gloria
a su historia de inmortal valor,
y sus gritos de victoria
eran vivas en mi honor...
Mi patria clavó esta cruz...
Mi patria clavó esta cruz

en la tumba de un querer.
Bendito el amor de España,
de España, de España,
que ampara con esta cruz
la tumba de mi querer.

HABLADO

LUIS. (*Conmovido.*) ¡Pobre Agustín! Ea, se acabó el penar. Estás en la flor de la vida y lo que sobran son mujeres. ¡A vivir! ¡A divertirnos! Hay que remojarse tu vuelta. (*Manolo, por el foro izquierda.*)

MANOLO. Chico, eso no parece.

LUIS. ¿Dónde tienes los ojos?

AGUSTIN. ¡Manolo! (*Se abrazan.*)

MANOLO. ¡Agustín! ¡Qué alegría! ¡Aquí otra vez!

LUIS. Y pa siempre.

MANOLO. ¡Las fiestas que vamos a pasar!... Tengo un plan de primera. Cenamos. Remojamos la vuelta de éste, lo que se dice bien. Y luego, a la Jota de Ronda.

AGUSTIN. Yo quiero una guitarrá. ¡Ni ganas que tengo de rondarle a la Virgen! (*Releñe, por el foro derecha.*)

RELEÑE. ¡Releñe! ¿Pues no me hace el pecho «tumbé», «tumbé»? Amos, que no valgo yo pa esto. (*Reparando en el grupo.*) ¡Ah! ¿Ya ha paicido éste?

LUIS. Ya lo tenemos aquí. Oye, Manolo; hay que levantar el campo. (*Confidencial.*)

MANOLO. No te entiendo.

LUIS. Tenemos que llevarnos a Agustín, pa que no se entere de nada.

RELEÑE. Déjame a mí, y verás. Agustín, ¿quiés juate que no has visto el Ebro? Amos a velo.

AGUSTIN. Quitá, hombre.

RELEÑE. T'alvierto que agora es más ancho. Y al Huerva l'haa puesto tejau.

AGUSTIN. Eso es curioso.

RELEÑE. ¡Tú qué sabes lo que ha ganau la ciudad! Amos, amos a refitolialo todo. (*Lo coge de un brazo.*)

BELEN. (*En la puerta del bar.*) ¿Pero ez que noz vai a dejar plantás jasta que echemos raí?

AGUSTIN. (*A sus amigos.*) ¡Hola! ¿Teníais gato encerrao?

BELEN. Estimando, melitar, eza comparasión con er minino.

AGUSTIN. Perdone, reina. Ha sido un decir. Con gatos como usted, no me importaría nada ser cordilla.

BELEN. ¡Ele los hombres! Me paese, Luí de mi arma, que er zargento te va a dejá a copas.

MANOLO. Te advierto, héroe, que lo mejor está allá dentro.

BELEN. Muchas gracia. Tú siempre tan finoli.

MANOLO. Ven que te presento. Es una bizcaitarra que quita el hipo. (*Lo coge del brazo y se lo lleva en dirección del bar.*)

AGUSTIN. (*Desde la puerta.*) ¿No entráis vosotros? (*Desaparece con Manolo.*)

BELEN. Yo, sí. Me ha dao er flechaso eze güen moso. (*Intenta seguirles.*)

LUIS. Oye, prenda; me harás el favor de no cacarearlo todo, como acostumbras.

BELEN. Mira, mira, hijo; a mí no me hables en sifra.

LUIS. Quiero decir que no se te escape delante del sargento que es su antigua novia la que canta ahí.

BELEN. ¿Y ezo?

LUIS. Por algo será.

BELEN. Enterá.

LUIS. Anda con ellos. En seguida voy yo. (*De la parte del «music-hall» llegan los ecos apagados de la musiquina de un cuplé francés y la voz de Gloria que canta.*)

MÚSICA

GLORIA.

(*Dentro.*)

Ma petite tres joli

poupé :

t'embrasser par toujours

je veux.

Douce le soleil d'ainour,
rempli mon pauvre cœur
avec le clair rayon
du sa lumière.

Ma petite tres cherí
poupé :

ne me refusez pas
tes yeux.

¡ Ton regard est ma vie,
poupé, poupé.

Ma poupé, ma poupé,
le plus jolí ;

ma poupé, ma poupé,
le plus gentil :

mon cœur t'adore
plus que jamais.

Je veux ta bouche,
ma poupé, ma poupé.

(Desde las primeras estrofas del cuplé se inicia la protesta del público con carcajadas, ligeros silbidos y frases sueltas de mofa y de burla. A medida que la canción avanza, la protesta va degenerando en bronca imponente. En escena, la acción va desarrollándose simultáneamente con el escándalo del «music-hall».)

HABLADO

VOCES. *(Dentro.)* ¡ Fuera ! ¡ Fuera ! ¡ Que se vaya ! *(Silbidos, pataleos.)*

BELEN. ¡ La Macarena ! ¿ Qué paza ?

LUIS. Lo que tenía que pasar.

BELEN. E un «jay» de loz de no te menéz. *(Más fuertes, los silbidos, el pataleo y la bronca.)*

VOCES. *(Dentro.)* ¡ Fuera ! ¡ Que se vaya ! ¡ A la calle !

RELEÑE. ¡ M'alegro, m'alegro y m'alegro ! ¡ Por cantar en franchute ! *(Vocerío por la parte del foro derecha.)*

VOCES. ¡ A la puerta del escenario ! ¡ A la puerta del escenario ! *(Inspector, en el foro derecha.)*

INSPECTOR. ¡ Atrás ! *(Finge contener.)*

VOCES. (*Dentro.*) ¡A apedrearla! ¡A apedrearla! (*Se apagan las luces del «music-hall». Crece el vocerío.*)

LUIS. Esto es demasiado.

BELEN. Chavó con tu pueblo. Tié malaz purgaz.

RELEÑE. Agora me entran ganas de llorar. ¡Si seré gallina! Pero ¿pa qué habrá cantau en franchute esa desustanciada?

INSPECTOR. (*Enérgico.*) ¡Que nadie pase!

BELEN. Vamoz pa adentro, chavá, que ezto ze pone feo.

RELEÑE. ¡Releñe, cómo corren!

BELEN. No, que se van a queá ezperando el higuí. (*Gloria, con un abrigo sobre el traje fantasta, en la puertecilla del escenario, acompañada de su Doncella.*)

GLORIA. (*Sollozando.*) ¡Dios mío, qué amargura!

DONCELLA. No salga, señorita, que nos van a linchar. (*Retrocede espantada.*)

GLORIA. Mejor. (*Sale a la calle.*)

INSPECTOR. No tema. No le pasará nada.

DONCELLA. Señorita, que nos linchan. (*Sale muerta de miedo.*)

GLORIA. ¡Esto es horrible!

LUIS. Gloria...

BELEN. Compañera...

GLORIA. Se me está bien. Desafiar a un pueblo es como tentar a Dios. (*Llora amargamente.*)

INSPECTOR. Vamos al encuentro de un carruaje. Serénese. No tenga miedo.

GLORIA. Vamos adonde quiera.

DONCELLA. Yo no puedo más. Se me doblan las piernas.

LUIS. Si quiere, yo puedo acompañarla.

BELEN. Y yo.

INSPECTOR. No hace falta. Vamos, vamos. (*Desaparece Gloria, por el foro izquierda, acompañada del Inspector y seguida de la Doncella, que va muerta de espanto.*)

RELEÑE. (*Muy compungido.*) ¡Releñe! ¿Pero se la llevan presa? (*Desaparece corriendo tras ellos. Una pausa.*)

BELEN. Eztas emosione m'han despertao la carpanta.
(*Agustín, en la puerta del bar, seguido de Manolo.*)

AGUSTIN. (*Nervioso, alterado.*) ¡Pero, hombre, Luis!
¿Cómo no me has dicho...?

LUIS. ¿Pa qué?

AGUSTIN. Estos me han enterao. ¿Le ha pasao algo?

LUIS. Fuera del susto, nada. Acaba de salir con uno de la Policía.

AGUSTIN. ¿Por dónde han ido?

LUIS. Por esa calle.

AGUSTIN. Entonces... (*Inicia el mutis hacia el foro izquierda.*)

LUIS. (*Cerrándole el paso.*) ¿Adónde vas?

AGUSTIN. A jugarme la vida por ella, si hace falta.

MANOLO. (*Reteniéndole.*) ¡Amos! ¡Cacho primo!

AGUSTIN. Dejarme. (*Forcejea.*) Aunque sea una mala mujer, la he querido; soy hombre y soy baturro.

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Puerta baja del Pilar, verja y parte de la fachada del templo. Rompimiento de calle y jardín. Es de noche. Rumor lejano de ronda. Volteo de campanas.

GLORIA, por la izquierda. Traje oscuro y sencillo. Un velo a la cabeza.

MÚSICA

GLORIA, Vuelven las horas lejanas,
 ¡ay, madre querida!
 El eco de esas campanas
 es toda mi vida.
 ¡Son mis campanas,
 las mías son!

Qué lejos están los días,
¡ay, madre adorada!,
cuando mi cuna mecías,
al rumor de tu canción:
«Palomica aragonesa,
no dejes tu palomar;
que te harán volver de lejos
las campanas del Pilar.»

(*Más íntimo.*)

Por vanidad y locura,
he roto mi vida.
Ni hallo ternura
ni compasión.
Sola con mi desconsuelo,
¡ay, madre querida!,
oigo, cual voces del cielo,
los ecos de tu canción:
«Palomica aragonesa,
no dejes tu palomar;
que te harán volver de lejos
las campanas del Pilar.»

(*Penetra en el templo. Una pausa, muy breve. Releñe,
por la izquierda.*)

HABLADO

RELEÑE. Ya te tengo, pájara. ¡Uf! ¡Lo que hi trotau pa dar con sus güesos! Esa probe gente están que no viven. Tanto decile que no tenía el gusto de conocela, y agora salimos con que está en brasas por saber ande ha ido a parar. La Ceca, la Meca y el Valle de Andorra hi tenido que correr pa enterame. Menos mal que ya l'hi pescau la vuelta. Me voy corriendo a la posada. Pero antes, jate tomar aliento, que me corre por cada pelo un chorro de agua. (*Luis y Manolo, por la derecha.*)

LUIS. ¿Qué haces aquí, Releñe?

RELEÑE. Ya lo vís.

MANOLO. ¿Has visto a Agustín?

RELEÑE. ¿No estaba con vusotros?

LUIS. Pero se ha empeñado en buscar a Gloria, y no mos podido con él.

MANOLO. Ese hace esta noche una sonada.

LUIS. ¿Dónde se habrá metido?

RELEÑE. Agora que caigo. Pué que se haiga ido c la ronda.

LUIS. Vamos a ver. Por este lao paece que se o
(*Desaparecen por la izquierda.*)

RELEÑE. ¡Adiós! ¡Vaya una despedida! ¡Dichoso s gento! Entre él y la otra, nos train a todos de cabez
¡Vay! Ya hi descansau. Me voy a decile al amó..., y echar un bocau, que estoy en ayunas dende hace lo men dos horas. (*Inicia el mutis hacia la izquierda, y se det ne.*) Voy a descansar otro poquico y a echar un pito, ¡q rediela! (*Se pone a liar un pitillo. Pausa breve. Agusta por la izquierda.*)

AGUSTIN. ¡Releñe!

RELEÑE. (*Volviéndose.*) Agora mismo m'han pregu tao por tú Luis y el Manolo. (*Señalando a la izquierda* Puallí se han jopau, a ver si ibas en la ronda.

AGUSTIN. Pa rondas estoy. ¡Esa mujer! ¿Por ca no habrá ido?

RELEÑE. Ni le cale. Aquéllo parte la alma. El am con la cabeza puel suelo. Y la Pilara, más muerta que vivi.

AGUSTIN. ¿Dónde se habrá metido?

RELEÑE. (*Con intención.*) Maño, si fuás perdiguera poca caza devantarías.

AGUSTIN. ¿Por...?

RELEÑE. ¿No te dice el fato que la liebre está cerca?

AGUSTIN. ¿Dónde está?

RELEÑE. Paices simple.

AGUSTIN. (*Mirando a la puerta del templo.*) ¿Al dentro?

RELEÑE. ¿Ande va a estar la enfeliz, tan sola y ta afigida?

AGUSTIN. Me lo he debido figurar. Espérame.

RELEÑE. ¿Qué vas a hacer? (*Reteniéndole.*)

AGUSTIN. Entrar.

RELEÑE. Miá que es la casa de Dios. U de la Virgen santísima, que pal caso es lo mismo.

AGUSTIN. Necesito hablar con Gloria, sea donde sea.

RELEÑE. No entres. (*Le coge de un brazo.*) No pués entrar a nada güeno.

AGUSTIN. Te equivocas. No quiero mas que hablar con ella. Y no por mí, que lo mío ya no tiene remedio. Por el abuelo, por su hermana...

RELEÑE. Júralo.

AGUSTIN. (*Solemne.*) Por la gloria de mi madre.

RELEÑE. (*Soltándole.*) Entonces, te deajo.

AGUSTIN. Si aún le queda corazón... (*Entra en el templo.*)

RELEÑE. Agora que la Virgen se las componga con ellos. (*Desaparece por la izquierda. Pausa. Se acentúa el rumor de la ronda. Llegan los rondadores, por la derecha, en doble fila y rodeados de curiosos. La ronda se detiene ante la puerta del templo.*)

MÚSICA

CANTADOR. Cantemos a la Virgen.

RONDAD. Virgen del Pilar.

CANTADOR. Hoy las voces rondadoras
parecen de plata,

y suenan mejor que nunca
las moras guitarras.

Es el pueblo, que le dice
su veneración

a la Virgen Capitana,
con esta oración.

¡Oración! ¡Oración,
son los cantares

en Aragón!

RONDAD. ¡Oración! ¡Oración! ¡Oración
son los cantares

en Aragón!

- CANTADOR. Cantemos otra copla.
 RONDAD. Vamos a cantar.
 CANTADOR. Como a una novia bonita
 te canta la ronda,
 porque sabe que te alegran
 las coplas de jota.
 Y las coplas que se cantan
 con el corazón,
 llegan puras hasta el cielo,
 como una oración.
 ¡Oración! ¡Oración,
 son los cantares
 en Aragón!
 RONDAD. ¡Oración! ¡Oración! ¡Oración
 son los cantares
 en Aragón!
 CANTADOR. ¡A echar la despedida!...

TELÓN

CUADRO TERCERO

Interior del templo. Nave lateral, con toda la perspectiva que consienta el escenario. En el primer término, esta nave ha de ocupar dos tercios del ancho de la escena. A la derecha, un trozo de la capilla de la Virgen, y el camarín, vistos por entre las columnas del templete.

GLORIA, arrodillada, entre dos columnas.

MÚSICA

GLORIA. *(Recitado a orquesta.)* Dios te salve, María. Llena eres de gracia. El Señor es contigo y bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

(Cantado.)

¡Ay, madre de Dios!
 Me siento morir.

Ya no tiene nadie
piedad para mí.
La suerte fatal
me trajo esta cruz.
¡Ay, santo Pilar,
ampárame tú!
¡Ay, madre de Dios!
Me siento morir.
Ya no tiene nadie
piedad para mí.

(Agustín, por el foro, lentamente, y como buscando a alguien. Desaparece por un crucero, vuelve a reaparecer y llega al primer término, descubriendo a Gloria. Voces, dentro, de Infantillos y Coro, acompañados de armonium.)

CORO DE INFANTES. *(Dentro.)*

Nobilis, nobilis,
est Regina Mater
sustine nostra
fide inter de ilumina
tu e glorie.

AGUSTIN. *(Viendo a Gloria.)* Es ella.

GLORIA. Ampara tú mi soledad.

AGUSTIN. ¡Gloria!

GLORIA. ¡Dios mío!

AGUSTIN. Yo soy Agustín.

GLORIA. ¡Dios mío, piedad!

AGUSTIN. Gloria, no vengo por mí.

Vengo por ellos,
a pedir por los tuyos,
por aquel pobre viejo
que ahoga la pena
y vive muriendo.

GLORIA. Pero tú olvidaste.

AGUSTIN. *(Con dolor supremo.)* ¡Olvidar! ¡Quién pudiera olvidar!

Cuántas veces solo
entre las chumberas,

el afán me mintió :
«Pronto ha de llegarte
la carta que esperas.»
Pero aquella carta no llegó.
¿Es que me ha olvidado?
¿Es que no me quiere?
¡Virgen mía ! ¿Por qué?
Y loco de pena
yo busqué la muerte.
Pero más tranquilo, pensé :
Los de Aragón
no saben qué es llorar ;
los de Aragón
no saben qué es gemir.
Los de Aragón
no caen sin luchar.
¡ Pecho a la vida !
¡ Hay que vivir !
Olvida tu querer.
¡ Arriba el corazón !
Canta las penas
que más te hieren ;
porque así quieren
los de Aragón.

(Gloria suspira y solloza en silencio.)

Por fin, una carta,
que no era la de ella,
la verdad me contó :
«La que tú querías,
por tu mala estrella,
sin piedad su casa abandonó.»
Pero ¿cómo pudo
tan buena y tan pura
olvidar lo que fué?
Aún el alma mía
perdonar quería.
Pero más tranquilo, pensé :

Los de Aragón
no pueden olvidar ;
los de Aragón
no pueden transigir ;
los de Aragón
no pueden perdonar.
¡ Basta de dudas !
¡ Antes morir !
Olvida tu querer.
¡ Arriba el corazón !
Sufrir ofensas
que el honor hieren,
mejor morir prefieren
los de Aragón.

GLORIA.

(*Consigo misma.*)
No saben perdonar.
(*Avanza suplicante.*)
No saben perdonar...

AGUSTIN.

¿ Perdonar una infamia tan grande?
Eso nunca ha de ser.
¡ Jamás podría, aunque yo quisiera,
llamarte mi mujer !

(*Recitado dentro de la orquesta.*)

GLORIA. (*Hablado.*) ¿ Qué piensas de mí ?

AGUSTIN. Lo que piensa todo el mundo.

GLORIA. ¿ Tú crees... ?

AGUSTIN. Creo que eres una mala mujer ; ¡ una perdida !

GLORIA. Eso no.

(*Cantando.*)

Té juro por esa Virgen,
por esa piedra sagrada,
que habré podido ser loca,
pero nunca he sido mala.
Tan puro como mi cuerpo
conservo mi corazón.
Yo también soy de esta tierra.
¡ Yo también soy de Aragón !

AGUSTIN. Créeme, créeme ;
mil veces lo juro.
No sé lo que siento.

(A un tiempo.)

GLORIA

AGUSTIN

La vida entera daría
por llegar a convencerlo ;
pues ahora que me desprecia,
más de corazón lo quiero.
He podido defenderme
de toda mala pasión,
porque siempre me acompaña
el recuerdo de su amor.

La vida entera daría
por creer su juramento ;
cuanto más dolor me cueste
más de corazón la quiero.
No sé lo que le sucede
a mi pobre corazón,
que está muriendo de celos
y está muriendo de amor.

AGUSTIN. Gloria, vuelve a tu casa.
Yo te lo pido.

(Coro e Infanticos, dentro.)

CORO. Nobilis, nobilis
est Regina Mater
sustine nostra

de incolumna tu e gloria.

GLORIA. ¡ Volver a mi casa !

¿ Y eres tú quien me lo pide ?

AGUSTIN. Yo te lo ruego. Adiós.

(Inicia el mutis hacia el foro. Al pasar por
delante de la Virgen, dobla la rodilla y se sar-
tigua. Ora un segundo. Luego sigue lenta-
mente por la nave. Gloria vacila, angustiada
por fin va hacia él y lo trae al primer término.)

GLORIA.

(Sollozante.)

¡ Agustín ! ¡ Agustín !

Si vuelvo a mi casa,

¿ me recibirán ?

(Compases de orquesta. Signo afirmativo de
Agustín.)

Y si ellos me perdonan,
tú... ¿ me perdonarás ?

(Agustín calla. Compases de orquesta.)

¿Qué contestas?

AGUSTIN.

Gloria, la Virgen te lo dirá.

(Mutis lento por el foro.)

GLORIA.

¡Ay, madre de mi vida!

¿Qué hacer?

¡Dios mío, no sé!

¡Ay, madre mía! ¡Ampárame!

(Suena la rondalla dentro y la voz de un tenor que canta.)

Palomica aragonesa,

no dejes tu palomar;

que te harán volver de lejos

las campanas del Pilar.

GLORIA.

Palomica aragonesa,

no dejes tu palomar.

¡Virgen mía! ¡Pilarica santa! ¡Madrecica buena! Aconsejame tú. (Cae de rodillas.)

TELÓN

CUADRO CUARTO

Posada típica de Zaragoza. Patio descubierta. A todo foro, galería voladiza. Bajo el voladizo, un gran portón. Puertas laterales. En lugar conveniente, mesas forradas de cinc y sillas de esparto. Luz de día pleno.

Belén, Ignacia, Luis y Manolo, sentados a una de las mesas, picotean los entremeses, en espera de que Agustín llegue.

RELEÑE. (Por la primera derecha.) ¿No ha venido?

LUIS. Aún no.

RELEÑE. Pues la Pilara está hecha un basilisco.

BELEN. ¿Por qué, calamiá?

RELEÑE. Porque se pone la padella como un cerote. Amás, amás, ¡güen día es hoy pa lilailas! Tua la casa está llena de gente y todos meten prisa, que paice que se van a ahugar.

IGNACIA. ¿Te tienes mucha faena o así?

RELEÑE. Entre la noche que himos pasau y la mañana que estoy llevando, ya no me queda güeso en su puesto. ¡Releñe! ¡Si no hubiá mas que echalo todo a rodar...! (*Inicia el mutis hacia la cocina.*)

BELEN. Este niño está sembrao.

RELEÑE. No me tire su mercé de la lengua, porque si m'arriman un misto, reviento como un güete. (*Palmas porfiadas adentro.*)

PILARA. (*Dentro.*) ¡Releñe!

RELEÑE. ¡Voy! ¿Lo estáis viendo? Ni santiguase le dejan a uno. (*Se repiten las palmadas. El señor Dionisio en la primera derecha.*)

DIONISIO. ¡Releñe! ¿No oyes que llaman?

BELEN. ¡Hijo de mi arma! Tu azaura no tendría presio pa fuagrás.

RELEÑE. ¡Si no me valiera de mi conocimiento, ya le diría yo a su mercé... cuántas son tres y dos, cinco!

DIONISIO. Anda pa adentro y déjate de romances; que charras más que un sacamuélas.

RELEÑE. ¡Nada! ¡Como si fuera uno una máquina! ¡Aún dicen! ¡Maldito sea el que inventó los calendarios! (*Desaparece por la derecha, muy indignado.*)

LUIS. ¿Usté comerá con nosotros, abuelo?

DIONISIO. No, maños, no. No estoy pa nada. Sólo de verus me se arrasan los ojos. (*Desaparece por la derecha.*)

LUIS. Belén, que la vas a empalmar.

BELEN. Bebe tú también y no prediques, que paeses un padre misionero.

MANOLO. En cambio, mi neska es talmente una vaca de su país. Rumia y calla.

IGNACIA. Aspero te eres, como lija que disen. Si no te quedaría tanto, ya te plantaba pues.

LUIS. (*Se levanta y llega al portón del foro.*) Nada, que Agustín no aparece.

BELEN. El amigaso es un rato fresco. Ensima de que le vamo a homenajear...

MANOLO. Andará detrás de esa.

LUIS. Seguramente. Se le ha metido entre ceja y ceja hablar con Gloria, y no puede negar que es de la tierra.

IGNACIA. Clavos con el cabeza se clavaría.

MANOLO. ¿Y qué hacemos? Porque yo llevo un perro aquí. *(El estómago.)*

BELEN. Mí menda, una maná de loboz.

LUIS. *(Volviendo a sentarse.)* ¿Qué vamos a hacer? Esperar. El vendrá cuando quiera.

BELEN. Pero ezperá azí, mano zobre mano...

LUIS. *(Se levanta de mal humor y va a la puerta de la cocina.)* ¡Releñe! Trae más entremeses. Y un tonel de vino pa esta esponja.

RELEÑE. *(Dentro.)* ¡Va!

LUIS. ¿Has oído?

RELEÑE. *(Idem.)* ¡Va! ¡Va! ¡Vaaaa!

BELEN. Le vi a da un capón a eze perro de aguaz... *(Una pausita. Releñe, con entremeses y botellas.)*

RELEÑE. Me blinca todo, como si tuviera el baile de San Vito. ¿Qué? ¿Ha llegau?

BELEN. Eze no yega, manque lo sertifiquen.

RELEÑE. Ni vendrá. Cosa que a mí me se meta aquí *(La frente.)*, cosa sale.

BELEN. ¿Y qué te z'ha metío en eze pederná?

RELEÑE. Que la Gloria y el Agustín han hecho alguna animalada. ¡A lo mejor, s'han tirau al Ebro de punta cabeza!

BELEN. ¡Caya zi quiere, ezaborisión! *(Agustín, por el foro.)*

AGUSTIN. Ya estoy aquí. Perdonarme, pero...

BELEN. ¿Haz venío en moto, guazón?

LUIS. Calla, si puedes.

AGUSTIN. Me vais a hacer un favor, ¿verdá?

MANOLO. ¡ Hombre!

LUIS. Lo que tú digas.

AGUSTIN. *(A Luis.)* Marchaos de aquí. Que os pongan la mesa adentro, donde sea. ¿Sabes? Va a venir Gloria. Y si os ve, puede que no se atreva a entrar.

LUIS. ¿Has habla'o con ella?

AGUSTIN. En el Pilar. Y me da el corazón que va a venir.

RELEÑE. ¿Quién? Si fuera yo perro, no pisaría esos lumbrales.

AGUSTIN. ¿Dónde para el abuelo?

RELEÑE. Fu adentro lo tienes.

AGUSTIN. Voy a prepararlo. *(Se dirige hacia la puerta. Pilara, en la primera derecha.)*

PILARA. ¿Ya estás aquí? Voy a sacaros la comida.

AGUSTIN. Espera. ¿Dónde está el abuelo?

PILARA. *(Sobresaltada.)* ¿Ocurre algo?

AGUSTIN. Nada. Marchaos de aquí vosotros. *(Ademán de entrar en la cocina.)*

PILARA. *(Reteniéndole.)* ¿Qué pasa, Agustín?

AGUSTIN. Tu hermana. Me figuro que vendrá. ¿Por dónde anda el abuelo? *(Desaparece por la puertecilla, siguiendo de Pilara.)*

RELEÑE. Pues no s'han tirau al Ebro ni nada.

LUIS. ¿Habéis oído? Vamos a llevarnos todo esto.

BELEN. Bueno; pero ¿ze pué zabé...?

LUIS. Va a venir Gloria. Y no conviene que nos vea. ¡Hala, Releñe! Carga con cosas. Y tú. Y todos. *(El da el ejemplo. Coge bártulos de encima de la mesa y desaparece por la izquierda.)*

BELEN. *(Imitándole.)* ¡Pajolera niña! Noz va a ezbaratá toas las comfás.

RELEÑE. *(Idem.)* ¡La sarracina que se va a armar!

IGNACIA. Yo te estoy bien contenta de que esa chica se vuelva. ¡Quién pudiera hacerse otro tanto!

MANOLO. *(Cogiendo una punta del mantel.)* Agarra de esa punta, chimba, que te voy a cantar el Guarnikako. *(Desaparecen, llevándose la ropa. Un segundo la escena sola. Colás el Tablones, Antonio y Francisco, por el portalón. Colás, algo «mojado». Antonio y Francisco, a medios pelos.)*

TABLONES. En mi vida lo hi pasau mejor que lo estoy pasando agora. ¡Asentarus! *(Palmotea.)* Vais a ver quién

es el Tablones ausequiando. (*Otra vez palmotea.*) ¿A que no sabís de qué me acuerdo? De lo que cantaba anoche la franohuta. (*Golpeando el suelo con la vara.*) ¡Pal pupé! ¡Pal pupé! (*A gritos.*) ¡Quió! ¿Ande se mete ese zampatortas? (*Releñe por la segunda izquierda.*)

RELEÑE. Este tío era lo que me estaba haciendo falta.

TABLONES. ¿Eres tiniente u qué?

RELEÑE. ¡Amén de Dios! Pa fusilalo a su mercé en el inte.

TABLONES. Vengo a comer. Y a ver si vus tentáis la garra; que traigo envitaus.

RELEÑE. (*Aparte.*) (¡Había de trair el colera!)

TABLONES. Sácanos el vermú; quíe decise un litro de Cosuenda, de ese que se cuerta con un guchillo.

RELEÑE. (*De mal aire.*) Va de seguida.

TABLONES. Y sin poner mala cara. Porque yo me mato con Dios.

RELEÑE. Algo menos será.

TABLONES. (*Enérgico.*) ¡Con Dios!

RELEÑE. Bueno; usté lo pase bien. (*Desaparece por la izquierda.*)

TABLONES. Amos a ver: ¿qué vus apetece? Pidir por esas bocas. ¿Vus paice que pa empezar le metamos mano a un ternasquico?

ANTONIO. Como quieras.

FRANCISCO. Nusotros semos envitaus. (*Pilara sale por la derecha y se acerca al portalón con visible ansiedad.*)

TABLONES. No estís como gallina en corral ajeno. ¡Maja! ¿Nos puén echar de comer aquí?

PILARA. Tendrán que esperar un poco.

TABLONES. En hubiendo bebida, too lo que sea menester. Amos, no pongas cara fura; que t'hi de mercar un refajo. (*Releñe, por la izquierda, con un porrón.*)

RELEÑE. El vino.

TABLONES. (*Ofreciéndole el porrón a Francisco.*) Anda; pa abrir boca.

PILARA. Releñe; les pondrás la mesa aquí a estos señores.

RELEÑE. ¿Aquí?

TABLONES. Aquí. ¿Qué hay con el perro?

PILARA. ¡Qué hombre más bruto! (*Sigue mirando a la calle.*)

RELEÑE. Yo es que lo mataría.

TABLONES. ¿Has hablau de matar? Aquí tienes tajo. Dos puñaladas te doy de ventaja.

RELEÑE. ¿Sabe su mercé lo que le digo?

PILARA. Releñe, sirve y calla.

RELEÑE. Ya voy. ¡Pero malditos sean mis entesijos! (*Desaparece por la derecha. Pilara tras él.*)

TABLONES. Otro rolde. (*Ofreciendo el porrón.*)

ANTONIO. Yo no bebo más.

FRANCISCO. Cuidau con este vino; que pega.

TABLONES. ¿Qué ha de pegar esto? ¡Si es flor de malva! (*Bebe un trago larguísimo.*)

GLORIA. (*Gloria, en el portón, emocionada y cohibida.*)
Ave María.

TABLONES. ¡Tama! Si paice la gurriona de anoche.

ANTONIO. La misma que viste y calza.

TABLONES. ¿Te has perdido u qué, güena moza? Amos, pasa. Con toda satisfacción.

GLORIA. (*Avanza un poco.*) Buenas tardes.

TABLONES. No tengas miedo, tontica. Semos mucho güen presonal. Asiéntate. Agora podías cantanos lo de anoche. ¡Pal pupé! ¡Pal pupé!

GLORIA. ¡Déjeme, buen hombre!

TABLONES. Vainte riales, si lo cantas. ¡Pal pupé! ¡Pal pupé!

GLORIA. Déjeme en paz. (*Miedo y asco.*)

TABLONES. Cuarenta riales, si lo cantas. (*Se le aproxima zalamero.*)

GLORIA. ¡Dios mío, qué vergüenza!

ANTONIO. ¡Déjala, Tablones! La probe no está pa canticos.

FRANCISCO. Amos, bebe y deja en paz a esta enfeliz.

TABLONES. No me da la gana. Agora m'ha entrau a mí el capiruchó de que cante pa nusotros solicos. ¡Cincuenta riales te doy! ¡Pal pupé! ¡Pal pupé! (*Acercándose más.*)

GLORIA. (*Altiua.*) ¡Apártese!

TABLONES. Si fuéramos mainates no t'harías tanto de rogar. (*Intenta echarle una mano al hombro.*)

GLORIA. ¡Insolente! ¿Usted, qué se ha creído? (*Agustín en la primera derecha.*)

AGUSTIN. ¿Qué ha hecho este hombre? (*Separando violentamente a Tablones.*)

GLORIA. Está bebido.

TABLONES. Nada, melitar, gastale una groma de güen genero a esta matica de albahaca. Pero no quié coles. Pal cuento, como lleva uno mala ropa...

FRANCISCO. Calla, Colás.

AGUSTIN. A esta mujer no le falta nadie delante de mí. (*Amenazador.*)

TABLONES. Maño, si yo no l'hi faltau. L'hi pedido que cantara, que es su oficio. Pero en armonía. (*Releñe, en la derecha, abriendo un palmo de boca.*)

GLORIA. Y voy a darle gusto, buen hombre.

AGUSTIN. ¡Gloria!

RELEÑE. ¡Ni otro que se ha güelto de cabeza!

TABLONES. Cincuenta riales te ganarás. Lo ofrecido es diauda.

GLORIA. Voy a cantar por nada. Coge la guitarra, Releñe. Quiero que me acompañes tú.

AGUSTIN. ¡Gloria! ¿Estás en tu juicio?

GLORIA. Ahora, sí. Anda, muchacho.

RELEÑE. Camandulera, si no sé más que puntiar la jota.

GLORÍA. Ya sabes bastante.

AGUSTIN. Pasa adentro o vete. (*Doloroso imperio. Gloria le réplica con un ademán persuasivo. Releñe trae una guitarra y empieza a rasguitar la jota.*)

GLORIA. Palomica aragonesa,
no dejes tu palomar;

que te harán volver de lejos
las campanas del Pilar.

(*Aparecen en la derecha Pilara y el señor Dionisio. En la izquierda, Belén, Ignacia, Luis y Manolo. Todas las comparsas que se crea conveniente en el portón.*)

AGUSTIN. ¡Esto es lo tuyo, mujer! ¡La posada! ¡La jota! Canta de nuevo. Ahora seré yo quien te acompañe. (*Le arrebató la guitarra a Releñe.*)

GLORIA. Agüita que corre al mar...

GLORIA. }

AGUSTIN. }

Agüita que corre al mar,
atrás no puede volver.
Así es también mi cariño,
cariño, cariño;
agüita que corre al mar
y atrás no puede volver.

PILARA. (*Corre hacia Gloria con los brazos abiertos.*)
¡Hermana mía! ¡Con nosotros al fin!

GLORIA. ¡Y para siempre! (*Se abrazan. Luego va hacia el señor Dionisio con los brazos abiertos.*) ¡Abuelo!

DIONISIO. (*Riendo y llorando a un tiempo.*) Hijica de mi vida. ¡Gracias a Dios podré morir tranquilo!

GLORIA. ¡Viejecito mío! Nunca más me separaré de su lado.

DIONISIO. ¡Tenía que ser! Ha pasau su ramo de locura; pero es mujer de bien. Todo corazón, como semos los baturros, los de la cabeza atada, los que himos nacido en esta tierra bendita... (*La orquesta ataca los primeros compases.*)
«Los de Aragón...»

TELÓN

Una noche de primavera sin sueño

COMEDIA HUMORÍSTICA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Lara, de Madrid, el día 28 de Mayo de 1927.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ADELAIDA	Sra. Catalá.
ALEJANDRA	» Gelabert.
BERTA	» Armisén.
LISA	Sta. Piquer.
DONCELLA	» Alenza
VALENTIN	Sr. Thuiller.
MARIANO	» Soler.
RAUL	» Balaguer.
GERARDO	» Grases.

La acción en Madrid.

ACTO PRIMERO

Una alcoba matrimonial muy lujosa. En el primer término izquierda, una puerta que se supone que da acceso a las demás habitaciones de la casa. En el segundo término derecha, otra puerta más pequeña que simula conducir al cuarto de baño. Al foro y un poco hacia la izquierda, balcón practicable con balaustrada corrida. En el primero derecha, dos camas individuales, separadas por una mesita de noche, sobre la que hay una lámpara portátil y varios libros. Tocador-coqueta en el segundo izquierda, y en la pared, a ambos lados del tocador, luces auxiliares con pantallitas. En el foro derecha, armario. A los pies de las camas, un amplio diván, sillones, butacas enanas, etc. En cualquier lado, una mesa enana, sobre la que hay un teléfono y un «servicio» de licor, de cristal. Lámpara en el techo y otros auxiliares, distribuidos como mejor convenga. Es de noche. A las tres de la madrugada. En el mes de Mayo. Al levantarse el telón, todas las lámparas están apagadas, menos el portátil de la mesita de noche, de suerte que la habitación se halla en una suave penumbra. Las camas tienen los embozos abiertos y conservan huellas de haber sido ocupadas momentos antes.

En escena, Mariano y Alejandra. Alejandra es una muchacha de unos veinticinco años, linda, distinguida; una de esas extrañas mujeres que, a pesar de ser lindas, no han dejado de ser inteligentes. Se mueve, habla, anda y acciona como persona muy habituada a sentir sobre sí las admirativas miradas de los demás. Al escribir que Alejandra es inteligente, no quiero decir que su inteligencia sea deslumbradora. Es una inteligencia corriente. Mariano es un hombre próximo a los treinta y cinco años, edad fatal, porque es la que mejor disimula la tontería. Mariano, sin embargo, no es listo ni torpe. Es sencillamente vulgar. No comprende más que el cincuenta por ciento de los chistes; le gusta sentarse a la puerta del Casino a decir piropos a las mujeres que pasan; presume de ser una persona seria y bebe agua lithinada en todas las comidas. Al

comenzar la acción, Alejandra, arrebujaada en un salto de cama, se halla retrepada, hecha un ovillo, en uno de los butacones, y de vez en cuando muerde de rabia un inocente pañuelo. Mariano, en pijama, y mal envuelto en un batín, está sentado en el diván. Tiene los codos apoyados en las rodillas y el rostro entre las manos. Como se comprende, las actitudes de ambos son las de dos personas que están viviendo un momento desagradable. Hay una pausa larga. Empieza la acción.

MAR. (*Desabridamente.*) Alejandra..., son las tres... (*Mirando el reloj de pulsera.*) ¿Sabes? ¡Las tres!

ALE. Ya lo he oído.

MAR. Sabes perfectamente que yo tenía el propósito de matar.

ALE. Muy bien. Acuéstate. Yo no te lo impido, Mariano.

MAR. ¡Ah! ¿Tú no me lo impides? ¡Qué mujer! ¡Qué mujer! De manera que tú no me lo impides... ¿Quién está llorando desde la una y media? ¿Quién está fabricando ataques de nervios desde la una? ¿Quién está gritando desde las doce menos cuarto? ¿Quién está mascando pañuelos desde las once y diez?

ALE. (*Con una mirada de desprecio.*) ¡Mascando pañuelos! ¡Vaya una manera de expresarse!

MAR. ¡Mascando pañuelos! Pues ¿cómo voy a decirlo?

ALE. (*Ocultando el rostro entre las manos.*) ¡Soy muy desgraciada!

MAR. ¡Hum! ¡En fin, ya estoy harto! ¿Lo sabes? ¡Harto! Me voy a acostar. Pero vas a prometerme que me dejarás dormir.

ALE. No piensas más que en dormir. Tienes los mismos ideales que las focas.

MAR. ¡Bueno! Hasta mañana. (*Como quien toma una decisión súbita y definitiva, se quita el batín y las chinelas y se acuesta en el lecho de la izquierda.*) Que descanses... (*Alejandra no contesta.*) He dicho que descanses, Alejandra.

ALE. Ya me he enterado.

MAR. ¿Y no tienes nada que contestar?

ALE. Nada. Tú dices: «que descanses», y a mí me parece bien. No tengo nada que contestar.

MAR. ¡Oh! ¡Es para volverse loco! (*Se revuelve en la cama y gruñe algo que no se entiende. Una pausa. Alejandra se levanta y va hacia el lecho que ocupa Mariano, a cuyo lado permanece un rato de pie.*)

ALE. Escucha, Mariano... Yo te aborrezco.

MAR. Bueno.

ALE. Te aborrezco con verdadero aborrecimiento. ¡Te odio!

MAR. Está bien. (*Se vuelve del otro lado.*)

ALE. Pero te odio de corazón, ¿sabes? ¡De corazón! (*Mariano*

da una vuelta en la cama.) Vivir contigo es para mí un tormento irresistible.

MAR. ¿Quieres dejarme dormir?

ALE. ¡Ah! ¿Soy yo quien no te deja dormir?

MAR. ¡Esto es demasiado! ¡Es demasiado! (Se baja del lecho, vuelve a ponerse el batín y las chinelas, y da unos paseos nerviosos por la habitación.) ¡Es demasiado!

ALE. (Suspirando.) ¡Ay! (Se sienta en el butacón de antes con el gesto de una persona que se siente incomprendida.)

MAR. ¡Toda una noche, Señor! ¡Toda una noche de reproches variados, de llantos torrenciales y de ataques neuroepilépticos!... Toda una noche de alternar las sales inglesas con el éter, y el éter con el vinagre, y el vinagre con el agua de azahar, y el agua de azahar con la tila, y la tila con el bromuro, y el bromuro con las sales inglesas, y las sales inglesas con el éter, y así sucesivamente, para acabar diciendo que no es ella la que tiene la culpa de que yo no pueda dormir!... ¿Por qué fuí tan estúpido? ¿Por qué el día de la boda no me escapé de la iglesia, y subí a un taxi y me marché a Irún en el expreso?

ALE. Olvidas que el expreso de Irún sale a las nueve de la noche, y nosotros nos casamos por la mañana.

MAR. ¡Fuí un idiota! ¡Fuí un idiota!

ALE. Y desde entonces no has cambiado lo más mínimo, Mariano.

MAR. Me parece, Alejandra, que al tratarme, te olvidas de que te educaste en el Sagrado Corazón.

ALE. Y tú, por tu parte, también te olvidas de que te educaste con los Padres Escolapios.

MAR. Yo tengo más motivos para empezar a olvidarme de eso, porque salí del colegio diez años antes que tú.

ALE. Sí, fué un error. Hubieras necesitado diez años más.

MAR. Bueno, Alejandra espero que no me obligarás a resucitar recuerdos infantiles a las tres y cuarto de la madrugada.

ALE. Tú fuiste el que empezó, hablando de mi colegio.

MAR. ¡Ea! Tendré que irme a la calle... Es inaudito lo que me sucede. No poder dormir... No poder hacer una cosa que está al alcance del hombre más humilde, del más pobre, del más desdichado... No poder hacer una cosa que no se le prohíbe ni al criminal más repugnante...

ALE. Tengo entendido que a los criminales no les deja dormir su conciencia. Y yo soy tu conciencia, Mariano.

MAR. ¡Dios mío! ¿Quién iba a decirme que mi conciencia iba a llevar abrigo de pieles?

ALE. En fin, acuéstate; yo voy a leer. (Coge un librito de la mesita.) Mañana hablaremos de algo muy trascendental.

MAR. ¿Mañana? Perfectamente. Gracias, Alejandra. (*Se quita el batín y las chinelas y vuelve a acostarse. Da un suspiro de satisfacción.*) ¡Aaaah!

ALE. (*Después de una pausa; aparte.*) (Y se dormirá... Será capaz de dormirse...) (*Alto. Encendiendo todas las luces.*) Un segundo, Mariano, antes de que te duermas.

MAR. Dí.

ALE. ¿Qué pensarías tú de mí si habiéndome dicho que me aborrecías, que me odiabas, me durmiese tranquilamente?

MAR. Pensaría que tenías sueño, Alejandra.

ALE. ¿Eso pensarías?

MAR. Sí.

ALE. ¿Nada más que eso?

MAR. Nada más.

ALE. (*Con un gesto de asco.*) ¡Es natural! (*Pausa.*)

MAR. (*Sentándose en la cama. Intrigadísimo.*) Oye, ¿por qué dices que es natural?

ALE. Por nada; acuéstate.

MAR. No, no... Necesito saber por qué encuentras natural que yo pensase eso...

ALE. Acuéstate, Mariano. Tenías propósito de madrugar. Ahora no te quejarás de que sea yo quien no te deja dormir.

MAR. Pero ¿por qué encuentras natural que yo pensase eso?

ALE. Porque tienes un espíritu grosero. ¿Estás conforme?

MAR. (*Lentamente.*) Que tengo un espíritu grosero... ¡Bueno! (*Se pone rápidamente el batín y las chinelas y se acerca a Alejandra.*) Explícate... Te oigo.

ALE. Perdona... Ahora, no. Voy a acostarme.

MAR. ¿Que vas a acostarte?

ALE. ¿No es lógico? Son las tres y media de la madrugada.

MAR. Te suplico que esperes un momento.

ALE. (*Con cara de mártir.*) ¿Me prohibes que duerma?

MAR. Sólo un instante.

ALE. ¿Y tiene derecho un marido a prohibir que duerma su mujer? ¿Quieres matarme de sueño, como mataron a Luis XVII de Francia?

MAR. Pero si no se trata mas que de cinco minutos, los suficientes para que expliques por qué tengo yo un espíritu grosero...

ALE. La explicación sería demasiado larga. Si te parece, mañana, ¿eh? Mañana, después de almorzar, te explicaré...

MAR. (*Después de una pausa, durante la cual no sabe si asesinar a Alejandra o tirarse por el balcón.*) ¡Está bien! Mañana. (*Se va a su lecho y se quita el batín. Entonces se le acerca Alejandra.*)

ALE. Oye, Mariano. ¿Es posible que no tengas curiosidad de saber por qué te odio?

MAR. (*Desesperado.*) Pero, bueno, ¿tú qué te propones, Alejandra? ¿Que yo enloquezca?

ALE. Nadie enloquece ya.

MAR. ¡Ah! ¿No?

ALE. Eso sólo ocurría en el siglo XIX. Ponte la bata y escúchame.

MAR. ¿Y no decías tú hace un instante que mañana hablaríamos?

ALE. ¿Yo? ¡Lo has dicho tú!

MAR. (*Rabiando y tirándose del pelo.*) ¡Qué mujer! ¡Pero qué mujer! En fin, Alejandra, por última vez, ¿me oyes? Por última vez te obedezco. Pero si en lugar de hablar razonadamente, me dices una incongruencia, te juro que me muerdo a dormir a casa de mi tía Charito. (*Se pone el batín y se sienta en el diván.*)

ALE. Hablemos, Mariano. En primer lugar, ¿crees que fuí al matrimonio enamorada?

MAR. ¿Al matrimonio conmigo?

ALE. ¿Con quién había de ser? No me he casado mas que contigo.

MAR. ¿Eh? Es verdad...

ALE. Di. ¿Crees que fuí al matrimonio enamorada?

MAR. Me consta. Tuviste excelentes partidos. Cuandó yo te conocí había tres aspirantes a tu corazón, y a los tres los protegía tu madre. Sólo frente a mí se opuso, y, al darme cuenta de que me aborrecía tu madre, comprendí que era fatal que me casase contigo.

ALE. De manera que te consta que yo iba a la iglesia enamorada de ti...

MAR. Supuse que a la iglesia irías, enamorada de tu traje de novia; pero tengo la evidencia de que al matrimonio ibas enamorada de mí.

ALE. Pues oye, Mariano. Yo no me casé enamorada.

MAR. Ya comprendo. El amor vino después, y...

ALE. Mariano, eres tonto.

MAR. ¿Eh?

ALE. Eres el hombre más tonto que conduce «citröen». Ni antes, ni después de nuestra boda, he estado enamorada de ti.

MAR. ¡Qué graciosa!

ALE. ¡Es que no me crees!

MAR. Sé que hablas así porque estás bajo el peso de varios disgustos... De los disgustos que yo te he dado con mis ligerezas.

ALE. Estás equivocado. Tus ligerezas, como tú dices, me tienen sin cuidado.

MAR. Y los diez y seis ataques de nervios que te han dado esta noche, ¿qué son?

ALE. Rabia.

MAR. ¿Hidrofobia?

ALE. Rabia. Rabia de no poder divorciarme de ti, pero de un modo total y absoluto.

MAR. Pero, divorciarte, ¿por qué?

ALE. Lo he dicho bien claro. Porque te odio. Porque no te quiero. Ni te quise ni he conseguido quererte en seis años de matrimonio. Por eso tus extravíos estúpidos fuera del hogar no sólo no me entristecen, sino que me llenan de esperanza. (*Mariano abre los ojos con asombro.*) Porque cuando me entero de que me engañas con otra mujer, pienso con alegría: «Si se fuera para siempre»... Y entonces es tu arrepentimiento lo que me hace más daño, porque me digo: «no se va; tampoco ahora se va; tendré que seguir soportándole...»

MAR. ¡Qué confesión tan agradable!

ALE. Y te aseguro que lo que esta noche me ha alterado los nervios no ha sido el saber que me engañabas con la vecina del principal, sino la certidumbre de que no te irías con ella para siempre. Por mi parte sería tan dichosa, diciéndole: «Señora, ahí tiene usted a mi marido; se lo regalo, lléveselo y muchas gracias.»

MAR. Esa señora es casada y no puede recibir regalos de esa clase.

ALE. No sería la primera que los recibiese.

MAR. En fin de cuentas, lo que importa es lo nuestro. Si no me querías, ¿por qué te casaste conmigo?

ALE. Me casé a los diez y nueve años. Esto lo justifica todo. Me casé porque una tarde te oí decir que no te afeitarías el bigote hasta que te casaras. Y como yo tenía muchas ganas de ver qué tal estabas sin bigote...

MAR. ¡Pero eso es monstruoso!

ALE. Algo peor; es estúpido. Desgraciadamente no vi la estupidez de aquello hasta después de casada. Si yo hubiera sido pobre, me habría casado contigo por asegurarme el porvenir; casi todas las muchachas pobres se casan por eso. Pero no era pobre y me casé por un capricho. Nadie me dió unos azotes a tiempo. ¡Oh! Si a todas las muchachas les dieran unos azotes a tiempo...

MAR. ¿Y después de la boda?

ALE. Empecé a sufrir y a observar, y me he imaginado que el amor debe de ser algo muy grande, muy grande, centro y eje de toda la vida.

MAR. Luego, ¿no le has conocido?

ALE. No. Tenías que habérmelo presentado tú, y tú eres un hombre a quien le molesta hacer presentaciones.

MAR. No te he presentado el amor porque soy un espíritu grosero, ¿verdad?

ALE. Sin duda. Tus palabras, son las palabras que pronuncia todo el mundo. Si una comedia o un libro te gusta, sueles decir: «Está bien traído». Si oyes una copla flamenca, te emocionas, y cuando te cuentan algo ingenioso, exclamas: «Qué gansada». Adoras las frases hechas, y para cualquier cosa que ocurra, tienes un refrán apropiado. Cuando abres la boca sé siempre lo que vas a decir. Te gusta discutir de política y dar grandes noticias. Te aburren las películas cómicas, y te divierten los «cabarets». Vas a la Opera por ponerte el «smoking», y cuando coges un periódico, finges leer la Bolsa cuando en realidad estás leyendo el programa de la Radio. Si piensas ir al teatro, me obligas a comer temprano. Las mujeres sólo son honradas en tu opinión, cuando están casadas. Y si alguna te mira, porque le ha extrañado el color de tu corbata, piensas que está enamorada de ti. Amas el baile, y de las revistas ilustradas no miras mas que las fotografías. Te gusta el fútbol, el boxeo y los toros.

MAR. ¿Y por todo eso soy un espíritu grosero? ¿Y por todo eso no he sabido hacer que me quieras?

ALE. Naturalmente! ¿Puede una mujer, una verdadera mujer, llegar a sentir amor por un hombre que al volver del teatro se sienta en su cama para explicar cómo son los toros bebreros en negro, o para decir que se llaman mogones a los toros que tienen los cuernos muy largos?

MAR. No, mujer. Mogones son los toros que no tienen cuernos. Y los de cuernos largos se llaman...

ALE. (*Levantándose.*) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, que ya empieza a explicarlo! ¡Ay, que me lo va a explicar! ¡Esto no lo tolero! (*Llama al timbre.*)

MAR. ¿Qué vas a hacer?

ALE. Mandar que despierten al chófer y que prepare el coche grande. Voy a dar un paseo por el campo. Me estallan los nervios. (*Vuelve a llamar.*)

MAR. ¡Tú no vas a ningún sitio a estas horas! ¿Me entiendes? Una cosa es que estés diciendo estupideces desde que terminamos de comer, y otra, muy distinta, que me pongas en ridículo delante de los criados. ¡De noche, sales conmigo o no sales! Te lo prohíbo en absoluto. Soy tu marido.

ALE. (*Glacial.*) Hace tiempo que no te considero como mi marido más que cuando me prohibes algo. (*Por la puerta del primer término izquierda entra Berta. Esta Berta es una mujer de unos cuarenta años. Debíó de ser guapa. Aún podría demostrarlo, si se lo propusiera, pero no se lo propone Tiene un rostro severo,*

casi rígido. Mariano no la quiere bien; si pudiera, la echaría de la casa, pero seguramente la tiene miedo y no se decide a echarla. Berta viste de negro. Hay algo majestuoso en ella, a pesar de su oficio.)

BERTA. ¿Llamaba la señora?

MAR. No.

BERTA. (A Alejandra.) ¿No llamaba la señora?

MAR. He dicho que no.

BERTA. (A Alejandra.) ¿Y por qué llamaba la señora?

MAR. (Excitado.) ¡Váyase usted! La señora no la necesita. (Una pausa. Berta sigue de pie y en la puerta.) ¿Qué espera usted?

BERTA. Espero órdenes.

ALE. No hay ninguna orden, Berta. Pensaba salir a dar un paseo en auto, pero... (Pausa.)

BERTA. La señora no ha acabado lo que iba a decir.

ALE. Pero he cambiado de opinión. (Mariano se pasea nervioso, casi frenético.)

BERTA. (Mirando fríamente a Mariano.) ¡Ah!

ALE. ¿La obligué a vestirse?

BERTA. Estaba vestida.

MAR. (Parándose frente a Berta.) ¿Y qué hacía usted vestida a estas horas?

BERTA. Esperaba a que los señores acabasen de discutir.

MAR. A usted debe tenerle sin cuidado que nosotros discutamos o no.

BERTA. Así debe ser, pero mi obligación es no acostarme hasta que se ha dormido la señora.

MAR. Mi ayuda de cámara no se preocupa de si yo duermo o estoy despierto.

BERTA. Es verdad. En el lugar del señor, yo ya le habría despedido.

MAR. ¿Ha oído usted lo que decíamos?

BERTA. Lo que decía la señora, no. Habla muy bajo.

MAR. ¿Y lo que decía yo?

BERTA. El señor ha hecho lo posible porque se oyera en toda la casa.

MAR. Bueno. Retírese usted. (Una pausa. Mariano enciende un cigarro.) ¿Qué espera usted para retirarse?

BERTA. Espero órdenes.

ALE. Retírese, Berta.

BERTA. Buenas noches. (Saluda inclinando la cabeza y se va, cerrando la puerta. Un silencio.)

MAR. (Serio.) Es decir, que me odias...

ALE. Sí.

MAR. Y me odias porque me encuentras grosero y vulgar.

ALE. Eso es.

MAR. Y porque la ley te obliga a vivir siempre conmigo.

ALE. La ley y la moral, sí.

MAR. ¿Y me habrías amado si yo fuera un hombre que digese a todas horas frases felices?

ALE. A todas horas, sería irresistible. De vez en cuando, y basta.

MAR. Pero, ¿entonces me habrías amado?

ALE. Seguramente.

MAR. ¿Y no te importa que te engañe?

ALE. No. Porque no te quiero.

MAR. ¿Todo eso lo has leído en alguna novela?

ALE. No seas lamentable. Todo eso lo he pensado yo. Yo pienso algunas veces. Te he dicho que somos diferentes.

MAR. No me negarás que esa frase la has oído en una comedia....

ALE. Esa frase, quizá. Es la más estúpida de todas las que he pronunciado.

MAR. Veo claro, Alejandra. Tampoco eres tú la mujer que a mí me conviene. Necesitaría una más tonta. Separémonos. Divorciémonos.

ALE. Muy bien.

MAR. Pero antes, contéstame. Ya notarás que me pongo a tono contigo. Contéstame con sinceridad. ¿Me has engañado alguna vez en estos seis años? (*Una pausa. Alejandra parece reflexionar. Mariano deshace el cigarro entre los dedos.*)

ALE. No.

MAR. Lo has pensado mucho.

ALE. Si hubiera tenido algún amante, no habría necesitado pensarlo. Repasaba en mi memoria por si existía el apellido de alguien con quien alguna vez te hubiese engañado con el pensamiento.

MAR. ¿No hay ningún apellido?...

ALE. Ninguno. Todos los hombres que he tratado eran de tu altura.

MAR. Menos mal... Tú has tenido mala suerte y yo buena suerte. ¡Menos mal! (*Bruscamente decidido.*) Me voy. (*Entra en el cuarto de baño para salir en seguida con un abrigo puesto.*)

ALE. (*Le contempla un instante en silencio. De pronto va hacia él deslumbrada por una sospecha.*) Mariano..., me pareces otro... Has cambiado de improviso...

MAR. Puede...

ALE. (*Con ansia.*) ¿Qué piensas de mí?

MAR. Que lees demasiadas novelas.

ALE. (*Decepcionada otra vez. Aplastada.*) ¿Eso?

MAR. Sí.

ALE. Entonces, vete. Había visto mal.

MAR. Adiós.

ALE. Te asoma el pantalón del pijama por debajo del abrigo.

MAR. No importa. Cogeré un taxi. Voy a casa de tía Charito. Mañana le diré a tu madre lo que hemos decidido y visitaré a un abogado.

ALE. Me parece muy bien.

MAR. (*Desde la puerta.*) Adiós.

ALE. Adiós, Mariano. (*Mariano se va por la primera izquierda. Larga pausa. Luego, unos golpecitos en la puerta. Alejandra se levanta perezosamente.*) Adelante... (*Entra Berta.*)

BERTA. ¿Necesita algo la señora?

ALE. Sí. Tranquilidad.

BERTA. El señor acaba de irse. Antes de concluir de bajar la escalera, perdió una zapatilla y dijo una palabra fea.

ALE. (*Hablando consigo misma.*) ¡Pobrecillo! (*Alto.*) Es usted implacable, Berta.

BERTA. ¿El señor se va para siempre?

ALE. Eso dice.

BERTA. Los hombres nunca se van para siempre, señora. Es una gran desgracia que tenemos las mujeres. (*Una pausa.*) ¿La señora me admite un consejo?

ALE. Sí.

BERTA. Si la señora se queda sola y rica, no se enamore la señora por segunda vez.

ALE. Aún no me he enamorado la primera vez, Berta.

BERTA. Entonces sería estúpido seguir el consejo.

ALE. Berta..., ¿por qué habla así? Ninguna doncella del mundo habla como usted. ¿Qué secreto hay en usted? ¿Qué ha sido antes que esto?

BERTA. La señora se va a acostar, ¿verdad? Es ya muy tarde. Con permiso de la señora... Buenas noches... (*Se va por donde vino, después de inclinarse.*)

ALE. (*Con la vista y el pensamiento puestos por donde ha desaparecido Berta.*) También decía de ella Mariano que había leído demasiadas novelas. Mariano decía eso de todo el que tenía más talento que él... ¡Cualquiera pensaría que en las novelas se aprende algo! Sin embargo, a veces, son interesantes. (*Coge el libro de antes y va hacia el lecho de la derecha. Un reloj da las cuatro rápidamente. Se abre el balcón del foro izquierda y entra Valentín. Viste traje de calle, abrigo de verano al brazo y trae*

l sombrero en la mano. ¿Cuántos años tiene Valentín? Cuarenta y cinco, cincuenta..., no se sabe. El lo ha olvidado, seguramente. Es un hombre que no se ríe nunca, pero sonríe casi siempre. Sería imposible convencerle de que las pastillas Valda quitan a tos. Tiene talento, verdadero talento e ingenio, verdadero ingenio. Se mueve con graciosa soltura. Atrae. Valentín entra tranquilo, ve a Alejandra y la saluda sin afectación. Se nota que no pretende producir efecto.)

VAL. Buenas noches:

ALE. (Estremeciéndose y volviéndose hacia Valentín.) ¿Eh?

VAL. Decía que buenas noches. No me conteste si no quiere. Desmátese. Es lo más corriente y lo más cómodo.

ALE. Caballero; yo no me desmayo. Soy una mujer de mi tiempo.

VAL. Magnífico. Eso es más cómodo todavía. Pregúnteme, entonces, quién soy y por dónde he entrado.

ALE. ¿Quién es usted? ¿Por dónde ha entrado?

VAL. He entrado por el balcón. Soy Valentín.

ALE. Valentín... ¿qué más?

VAL. Valentín... sin más. Los grandes hombres no tienen apellido. Ejemplos: Vercingetórix, Adán, Lucifer, Charlot y un servidor de usted.

ALE. Le concedo medio minuto para que me diga por qué comete la grosería de entrar a las cuatro de la madrugada en la alcoba de una mujer casada. Pasado el medio minuto, llamaré para que le echen.

VAL. Soy un ladrón, señora; un vulgar ladrón. Acababa de co-gerle la cartera a un transeunte trasnochador y ya escapaba con ella cuando, al volver una esquina, tropecé con un policía tan trasnochador como el transeunte. El policía se lanzó sobre mí, luchamos, conseguí zafarme de él y enfilé esta calle a carrera abierta. Vi luz en este piso y, como se trataba de un bajo, gateé por la balaustrada para huír del policía, empujé las vidrieras y entré. Y aquí estoy.

ALE. Todo eso es mentira.

VAL. Sí, señora.

ALE. ¿Y por qué ha mentido?

VAL. Usted no me ha concedido más que medio minuto. En medio minuto no tenía tiempo de decir la verdad.

ALE. Perfectamente. (Va hacia el timbre.)

VAL. ¿Va usted a llamar a su marido?

ALE. Mi marido no está acostumbrado a que nadie le dé órdenes por medio de un timbre.

VAL. Sin embargo, apuesto cualquier cosa a que, cuando oye el timbre de un tranvía, se apresura a cruzar la calle.

ALE. Con su permiso llamaré a mi doncella. (Llama.)

VAL. Ha llamado usted...

ALE. Sí, porque...

VAL. ¡Silencio! ¡¡Silencio, por Dios!! (Escucha junto a balcón.) ¿No oye usted? ¿Es el policía que se acerca? ¡Sálveme! ¡¡Apague la luz!!

ALE. ¿Eh?

VAL. (Con angustiosa voz.) ¡¡Apague la luz!! (Alejandro apaga la luz. La escena queda a oscuras; por el balcón abierto entra una ráfaga de luna que besa el lecho. Una pausa.) La he suplicado que apagase la luz para que contemplase usted lo hermosa que es una habitación cuando está iluminada por la luna. ¿Me oye usted bien? ¿Verdad que tengo una voz muy bonita? Sólo a oscuras suena en toda su pureza la voz humana. ¿Quiere usted hablar un poquito?

ALE. No, señor. Espero que venga mi doncella, pero no hablaré.

VAL. ¡Cuánta ingenuidad en una mujer casada! Tiene usted una voz lindísima. Fíjese bien que no he dicho cristalina. Soy un hombre de buen gusto. En cambio, usted es desgraciada en su matrimonio... (Una pausa.) ¿Verdad?

ALE. No.

VAL. ¿Y por qué?

ALE. Le he dicho a usted que no soy desgraciada.

VAL. Y yo pregunto que por qué. ¿Por qué no es desgraciada? Todo el mundo es desgraciado en su matrimonio.

ALE. ¿Lo sabe usted por experiencia?

VAL. Por experiencia ajena. Sé que todo el mundo es desgraciado en su matrimonio porque yo no me he casado. Si yo fuera casado, creería que el único matrimonio desgraciado era el mío. (En la puerta de la izquierda se oíen unos golpecitos.)

ALE. (Sentándose en el lecho de la izquierda.) Adelante. (Valentín se va por el segundo derecha. La escena sigue a oscuras.)

BERTA. (Entrando.) ¿La señora había llamado?

ALE. Sí. Quería decirle que puede usted acostarse. Yo ya lo he hecho.

BERTA. Muy bien, señora. (Aparte.) (¿Dónde estará ése?...) (Pausa.) ¿La señora no ha oído un ruido?

ALE. ¿Dónde, Berta?

BERTA. En esta habitación.

ALE. Ha sido que se me ha caído al suelo la novela que estaba leyendo. Acuéstate, Berta.

BERTA. Buenas noches, señora. (Una pausa. Alejandra vuelve a encender la luz. Al haberse la luz puede verse que Va-

ntin no está ya en escena. En cambio, Berta sigue allí, junto a la puerta de la izquierda.)

ALE. (Mirando asombrada a su alrededor; al ver a Berta, se vuelve a asombrarse.) ¿Pero no se había usted ido?

BERTA. Como la señora encendió la luz, pensé que quedaba algo.

ALE. (Irritada.) No quiero nada.

BERTA. Buenas noches. (Se va por la izquierda. Alejandra se levanta, se acerca de que Berta no escucha detrás de la puerta, y luego busca a Valentín en el balcón.)

ALE. ¿Dónde se habrá metido este hombre?

VAL. (Entrando por la puerrecita del cuarto de baño de primera derecha.) Estaba aquí, señora. Me había escondido.

ALE. Ha tenido usted una idea feliz.

VAL. Es mi costumbre.

ALE. Como habrá usted visto, he ocultado su presencia...

VAL. Lo cual no ha debido serle muy difícil, puesto que usted misma ignoraba dónde estaba yo.

ALE. Pero ahora tiene usted que irse.

VAL. ¿Porque me cree un ladrón?

ALE. Por todo lo contrario.

VAL. Muy bien. Me iré. También su marido se ha marchado de casa después de una discusión larguísima.

ALE. ¿Quién se lo ha dicho?

VAL. Lo he deducido. Los policías me enseñaron a deducir. Su marido ha discutido largo rato con usted; vea el cenicero, lleno de puntas de cigarrillos.

ALE. ¿Y por qué sabe que no está en casa?

VAL. A las cuatro y media de la madrugada todos los maridos están en la alcoba conyugal. Si no, es que se han ido de casa y se hallan en otra alcoba.

ALE. (Ofendida.) ¿Qué quiere usted decir? ¡Mi marido está ahora en casa de su tía Charito! Hoy duerme allí.

VAL. Sólo he dicho que estaría en otra alcoba. ¿O es que su tía Charito le obliga a dormir sobre la mesa de billar?

ALE. ¡Váyase usted! ¡Esto es demasiado! A fuerza de hablar, me he distraído.

VAL. Celebro que mi conversación le distraiga.

ALE. ¡Váyase! ¡Váyase! Nunca me ha ocurrido nada semejante... ¡Váyase!

VAL. No puedo. Le juro que no puedo.

ALE. ¿Quién se lo impide?

VAL. El amanecer, que comienza. Mire usted. (Dirigiéndose al balcón.) Me verían salir... Ahora amanece muy temprano. (Por el balcón entran las primeras claridades del alba.) Pronto

la calle estará llena de traperos. ¡Qué vulgaridad!, ¿no es cierto? La vida se encarga de ensuciar las cosas que más idealizan los poetas, y al amanecer lo ensucian los traperos. ¿Qué he dicho?

ALE. No he dicho nada. ¡No he dicho nada!... Váyase. (*Se echa en un sillón, y oculta la cara entre las manos.*)

VAL. (*De pie, a su lado.*) No soy un ladrón. Su perspicacia lo adivinó antes. Pero si yo le dijera la verdad de por qué he entrado aquí, usted no me creería. La verdad es siempre absurda. Me aburría esta noche en casa, señora. Vivo solo. Mientro vivo con un perro «setter». No tenía sueño; no podía dormir. El veronal me desvela... Y me lancé a la calle. Vi luz en esta habitación, y me dije: «¿Si subiera a ver quién hay ahí?» Una flexión de miembros, y me hallé en el balcón. Miré por las vidrieras; usted estaba hablando con su doncella. Entonces un caballero, cubierto con un abrigo, por debajo del cual asomaba el pantalón de un pijama, abrió el portal y salió a la calle. Le vi desde el balcón. Iba muy excitado, y hablaba solo. Al pasar junto a la balaustrada, pronunció tres palabras, por las que comprendí que era su marido, y que había regañado con usted.

ALE. Pues ¿qué dijo?

VAL. Dijo: «¡Es una imbécil!»

ALE. ¿Es cierto eso?

VAL. Es cierto.

ALE. Júrelo usted.

VAL. Lo juro sobre las cenizas de esos cigarrillos.

ALE. (*Sonriente.*) Tiene usted gracia.

VAL. Gracias.

ALE. Y talento.

VAL. ¿Se me nota?

ALE. Demasiado. Debe usted marcharse en seguida.

VAL. No insista en eso. Me verían salir, y su reputación sufriría con ello mucho.

ALE. ¿Entonces...?

VAL. Saldré a las diez de la mañana, o a las once, y por la puerta principal. A nadie le extrañará mi presencia entonces. Y usted puede decir que soy un representante de los autos Ford, que ha venido a proponerle la compra de un coche.

ALE. ¿Y por qué ha de ser precisamente un Ford?

VAL. Porque sus representantes son los únicos que hacen esas visitas por la mañana.

ALE. Pero, hasta las diez o las once, ¿qué haremos?

VAL. Podemos hablar, podemos dormir...

ALE. ¡Soy una mujer decente!

VAL. Pero también las mujeres decentes duermen, señora...

Usted se acuesta, y yo me siento en un sillón..., y luego los rayos del sol nos despiertan, como en esas novelas cursis que leen algunas señoritas.

ALE. ¿Y qué habremos conseguido con todo eso?

VAL. Usted habrá conseguido conocerme. Yo habré conseguido dormir. Le aseguro que es horrible tener insomnios. ¡Horrible!

ALE. Usted quiere dormir y no tiene sueño. Mi marido tenía sueño y no dormía. Mi doncella no duerme, porque yo no tengo sueño, y yo, como no tengo sueño, no puedo dormir...

VAL. Sí. Y gracias a estas cuatro circunstancias nos hallamos usted y yo en tan agradable situación. ¿Sabe cómo podríamos titular esta aventura?

ALE. ¿Cómo?

VAL. «Una noche de primavera sin sueño».

ALE. Huele a Shakespeare.

VAL. Podemos desinfectarla y quitar el olor.

ALE. En confianza, señor... Señor, ¿cómo?

VAL. Valentín.

ALE. En confianza, Valentín... Voy a divorciarme.

VAL. Es usted una mujer que sigue la moda.

ALE. Mi marido no me hace feliz.

VAL. Lo sé. Tiene un gran defecto.

ALE. ¿Cuál?

VAL. Ser su marido. Es un defecto que yo no tendré jamás.

ALE. Sí, Valentín. Voy a divorciarme. Voy a estar pronto en un estado...

VAL. Magnífico. Estará usted libre y privada de volver a casarse. ¿Y necesitará un consejero?

ALE. Acaso... Usted me parece un hombre excepcional. Y yo... ¿qué le parezco yo?

VAL. ¿La verdad? ¿La verdad?

ALE. La verdad.

VAL. Me parece usted una mujer sin importancia.

ALE. Pero eso... es una insolencia...

VAL. No lo creo.

ALE. ¡¡Una insolencia!! (*Alejandra se separa de Valentín. Está nerviosa, excitada.*) ¡¡Una insolencia!! (*Una pausa. Con tranquilidad, dominándose.*) Antes ha dicho usted bien. Saliedo a estas horas de casa, mi reputación se mancharía. Pero hay otro procedimiento para que no pasemos lo que resta de noche en la misma habitación. (*Cuando se dirige a la puerta de la izquierda, se abre ésta y aparece Berta.*)

BERTA. ¡Ah! ¿Llamaba la señora?

ALE. No la he llamado a usted, pero la necesito.

BERTA. Suponiendo que la señora iba a necesítarme, es por lo que he entrado sin permiso.

ALE. Fíjese bien. Ese caballero va a pasar la noche aquí, en un sillón. Mañana, a las once, procurará usted que el señor salga de la casa sin que le vean los otros criados.

BERTA. Sí, señora.

ALE. Además, debe usted llevar mis ropas a su propia alcoba, Berta. Voy a dormir allí. ¿Me entiende?

BERTA. Es fácil.

ALE. (A *Valentín*.) Que usted descanse.

VAL. Le deseo lo mismo, señora. (*Valentín se inclina ante Alejandra. Alejandra se va por la izquierda. Valentín se sienta en un sillón. Berta queda de pie junto a la puerta. Larga pausa. Ambos se miran fijamente.*) ¿Qué haces en esta casa?

BERTA. Soy la doncella de la señora. ¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí, Valentín?

VAL. (*Cogiendo un cigarro de la mesita.*) Ya lo ves. Me fumo los cigarros del señor.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Mucha luz. Entra el sol por el balcón del foro, que está abierto de par en par. Deben ser las once de la mañana.

Al levantarse el telón, todo se halla en la disposición en que se hallaba al acabar el acto primero, pero las luces están apagadas. En escena, Valentín. Valentín está sentado en un sillón, y, apoyado en la mesita enana, escribe con un lápiz algo que debe obligarle a pensar mucho, porque, de vez en cuando, se lleva el lápiz a la frente o lo chupa, en actitudes meditativas. Una pausa. Entra Alejandra vestida con traje de mañana, se dirige rectamente hacia Valentín, indignada y rabiosa.

ALE. Vengo a decirle a usted, por última vez, que se marche de esta casa. Su conducta sería estúpida si no fuese grosera. ¡Creo que ya está bien, señor mío! Mi doncella se confiesa incapaz de expulsar a usted, y ha renunciado a ello, pero yo no renuncio, ¿comprende usted? ¡No renuncio! Y si es necesario, apelaré a la autoridad; porque con tal de verle a usted fuera de aquí, nada me importa dar un escándalo. Piénselo usted y vea si le gusta más irse solo o acompañado de un policía.

VAL. ¿Tiene usted la bondad de decirme una palabra de ocho letras que signifique libertad?

ALE. (*Fulminándole con una mirada.*) ¡Márchese!

VAL. (*Contando las letras por los dedos.*) M-a-r-c-h-e-s-e... ¡Ocho letras efectivamente! Pero «márchese» no significa libertad...

ALE. Para mí, en estos momentos, le aseguro que sí.

VAL. (*Enseñando a Alejandra una revista ilustrada sobre la que estaba escribiendo.*) Vea, amiga mía. Es un jeroglífico de palabras cruzadas muy interesante. Ya no me falta mas que esa

palabra de ocho letras que significa libertad. He consumido toda la noche en resolverlo.

ALE. Luego, ¿no ha podido dormir?

VAL. Usted tampoco, ¿verdad?

ALE. Extrañé la cama. Usted, ¿la habrá echado de menos?

VAL. No. Porque he perdido la costumbre de dormir en la cama. Hace tres años que duermo en un diván.

ALE. ¿En un diván?

VAL. Sí. Es una historia muy sentimental, señora. Creo que la dije anoche que yo vivo con un perro...

ALE. Sí. Un perro setter.

VAL. En realidad, no es setter, pero yo se lo he hecho creer para que viva más orgulloso de sí mismo. Pues bien: mi perro se llaman «Kant», en memoria del filósofo de Koenisberg. Pero cuando yo le grito: ¡Ven aquí, Kant!», nadie piensa que ese nombre es glorioso. Una vez salí yo de viaje—adoro los viajes y me encanta estropearme el estómago en las fondas—, cuando regresé, «Kant» se había acostumbrado a dormir en mi cama. Me pareció demasiado cruel privarle de aquel derecho adquirido y le cedí definitivamente el lecho, él me lo ha agradecido mucho, y además, lo aprovecha mejor que yo, porque no padece de insomnios. (*Suena el timbre del teléfono, que está al lado de Valentín, en la mesita enana. Valentín coge maquinalmente el aparato.*) ¡Al aparato! ¡Diga! (*Durante unos momentos Valentín escucha. Tapando la bocina con la mano, y dirigiéndose a Alejandra.*) Es su marido, señora.

ALE. (*Asustada.*) ¡Mi marido!

VAL. Su marido, que está muy extrañado de oír una voz de hombre en la propia alcoba de ustedes y que pide explicación del fenómeno...

ALE. Traiga...

VAL. No, deje... (*Hablando por teléfono.*) No, señor... Soy el fontanero. (*Gesto de asombro de Alejandra. Dirigiéndose a ella.*) Su marido tiene voz de barítono. (*Por el teléfono.*) Estoy arreglando la cañería del cuarto de baño, caballero, he oído el timbre del teléfono, y como nadie de la casa acudía al aparato, me he tomado la libertad de ponerme yo. De nada, muchas gracias. Mis precios no tienen competencia, y soy la primera figura en el gremio de fontaneros madrileños. También pongo cristales. ¿Cómo? ¡Ah! Muy bien. Voy a avisarla. (*Tapando la bocina, a Alejandra.*) Su marido pregunta por su esposa. ¿Es usted la esposa de su marido?

ALE. Todavía, sí.

VAL. Entonces, póngase al aparato. (*Alejandra va a coger el teléfono, pero Valentín no se lo da.*) Espere un poco. Hay que

ngir que yo he ido a avisar a usted. Soy el fontanero, señora... La parece a usted que mientras aguardamos, le cuente un cuento?

ALE. No tengo los nervios preparados para eso.

VAL. ¡Qué tiempos los de ahora! Hace falta tener los nervios preparados hasta para oír un cuento... En fin, creo que ya puede usted conferenciar con su esposo. (*Le da el teléfono a Alejandra.*)

ALE. (*Al aparato.*) ¿Qué ocurre? Soy yo, Alejandra. (*Pausa inconveniente.*) No. Sí. No.

VAL. Contestación capicúa.

ALE. Cuando tú quieras. No saldré en toda la mañana. Hasta hora no ha venido nadie. (*Absolutamente decidida.*) Bueno, diós. (*Cuelga el teléfono.*) Mi marido me anuncia su visita.

VAL. La buena educación se advierte hasta en los pequeños detalles.

ALE. Desgraciadamente no la demuestra mas que en los pequeños detalles. Por ejemplo: él, que solía mostrarse grosero con mucha frecuencia, siempre acudía al recibimiento cuando yo volaba de la calle.

VAL. Lo mismo hacía «Kant».

ALE. ¿El filósofo?

VAL. El perro.

ALE. Sin embargo, no tenía inconveniente en tomar por sí mismo la cuenta a la cocinera.

VAL. Igual hacía Kant.

ALE. ¿El perro?

VAL. El filósofo.

ALE. Un perro que usurpa una cama a su dueño, podía también haber usurpado el puesto al ama de llaves...

VAL. Tal vez. Y además, no llevaría las llaves colgando, que siempre es una ventaja. ¿Su marido viene solo?

ALE. Con un abogado. Parece que el abogado, mi marido, y yo, vamos a tener una entrevista.

VAL. ¡Malo! Acabarán ustedes firmando una hipoteca.

ALE. No. Se trata de mi divorcio.

VAL. El divorcio español es una hipoteca también, una hipoteca por la que se pagan intereses muy altos y que no logra uno cancelar jamás. ¡Pobre de usted! Le harán firmar tantos papeles, que se le cansará la mano, y cuando acabe de firmar el último, su familia le habrá convencido ya de que debe romperlos todos, porque ninguno sirve para nada. (*Una pausa.*) En fin... Creo que ha llegado el momento de marcharme definitivamente...

ALE. Hace mucho rato que ha llegado ese momento.

VAL. (*Se echa al brazo el abrigo y coge su sombrero.*) Adiós señora... (*Sacando del bolsillo unos guantes de piel.*) Pero, antes, mire qué espléndidos guantes de automovilista me compró el lunes. (*Alejandra le mira sin saber qué contestarle, en su mirada hay admiración hacia la manera de ser de Valentín.*) No tengo automóvil, ¿sabe usted? Pero he comprado los guantes para ponérmelos cuando tomo un taxi...

ALE. Entonces, ¿va a tomar un taxi ahora?

VAL. Sí, quiero estar en pocos minutos muy lejos de aquí. Adiós, señora. (*Inicia el mutis.*)

ALE. Adiós... (*Llamándote súbitamente.*) ¡Un momento!

VAL. Dígame...

ALE. ¿Cómo se le ocurrió a usted decirle a mi marido que era usted el fontanero?

VAL. Porque sabía que estaban arreglándoles a ustedes las cañerías del cuarto de baño. Cuando anoche, al entrar la doncella, me escondí en él, vi la cañería a medio arreglar, varias herramientas, una chaqueta y una boina que se ha dejado allí el fontanero.

ALE. ¡Ah!

VAL. ¿No tiene nada más que decirme?

ALE. Nada más.

VAL. (*Levantándose.*) Le deseo un divorcio feliz.

ALE. (*Escuchando un rumor que debe venir de la parte de fuera.*) ¡Chist!... ¡Chist!... ¡Calle!... (*Se acerca a la puerta de la izquierda y escucha. Una pausa.*) ¡Mi madre!

VAL. ¿Es exclamación o es su madre en efecto?

ALE. ¡Es mi madre! ¡Mi madre que viene! ¡Dios mío! ¡Escóndase usted! ¡Métase debajo de una cama! ¡Escóndase en el armario!... ¡Tírese por el balcón! ¡Haga algo, por Dios!

VAL. Y ¿qué podría yo hacer? ¡Ah, sí! Inspeccionaré la cañería del cuarto de baño... (*Se va por la derecha, llevándose el abrigo y el sombrero. Se abre bruscamente la puerta de la izquierda y entra Berta.*)

BERTA. (*Dirigiéndose a alguien que la sigue.*) Aquí está la señora... (*Entran Adelaida, Lisa y Gerardo. Adelaida es una dama elegantísima de unos cuarenta y tres años. Viendo señoras tan maravillosamente conservadas como Adelaida, se comprende el gran negocio que es poner una perfumería en el centro de Madrid. La madre de Alejandra parece tan joven que casi llega a envejecer a su hija. Lisa es la hija menor; hermana, por lo tanto, de Alejandra. Diez y seis años hambrientos de enterarse de todo. Y encima de ellos, un conato de traje que lo enseña todo también. Gerardo tiene veinticuatro años; es novio de Lisa. Su personalidad oscila entre el galán de película francesa y el gorila de Australia.*)

ADEL. ¡Alejandra! (*Deteniéndose delante de ella con expresión trágica.*) ¡Pero Alejandra!

ALE. No te esperaba, mamá... (*La besa. Besa a Lisa.*) Hola, nonina. (*Lisa y Gerardo miran con sorpresa a Alejandra.*)

ADEL. (*Dejándose caer en el diván en una postura de pesadumbre muy bien estudiada.*) ¡Qué campanada! ¡Dios mío, qué campanada! Esta mañana ha estado Mariano en casa a explicarme que habéis decidido divorciaros... Pensé que me daba algo a la cabeza. Afortunadamente, no hice mas que pensarlo y no me dió nada. Tu padre se puso tan desesperado que mandó al criado que le trajese dos frascos de magnesia bisurada. ¡Este disgusto nos matará a todos! Y luego... ¡qué ejemplo para tu hermana soltera! (*Señalando a Lisa.*) ¡Qué ejemplo para esta inocente! ¿No has pensado que si tu hermana ve que tú, estando casada, te divorcias, ella va a perder el interés por casarse?... Oh! ¡Estás loca, Alejandra! ¡Estás loca!

ALE. Te aseguro, mamá, que cuando hemos decidido...

ADEL. ¡Calla, calla! ¡Divorciarse! Divorciarse a los seis años de matrimonio, cuando ni siquiera has tenido tiempo de enterarte de si tu marido ronca al dormir... Veintisiete años llevamos casados tú padre y yo, y no nos hemos divorciado ni una sola vez... Y no pienses que entonces no se estilaba divorciarse. Entonces la gente se divorciaba igual que ahora. Y Napoleón se había divorciado ya de Josefina... Hasta Gerardo ha tenido frases para condenar vuestra locura... ¿Verdad, Gerardo?

GER. (*Que no brilla por la feliz expresión de sus ideas.*) Sí. Realmente... ¿Eh? Realmente... El divorcio... El divorcio... Realmente, nada menos que el divorcio...

ADEL. Ya le oyes hablar. ¡Y no olvides que Gerardo tiene la carrera de abogado!

LISA. (*A Alejandra.*) ¿Es que no eres dichosa? ¿Por qué no eres dichosa?

ADEL. ¡Calla, pequeña! Te he dicho varias veces que no debes hacer preguntas a las personas de la familia. (*A Alejandra.*) Veamos... ¿Qué ha pasado aquí anoche? (*En el cuarto de baño se oyen unos martillazos gigantescos.*) ¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?

ALE. No es nada. Es... El fontanero que arregla las cañerías.

ADEL. ¿En domingo?

ALE. ¡Ah! ¿Hoy...? ¿Hoy es domingo?

ADEL. ¡Naturalmente! Todo el día.

ALE. Pues... parece que el gremio de fontaneros ha suprimido el descanso dominical.

ADEL. Todo se suprime ahora... En fin, Berta...

BERTA. ¿Señora?

ADEL. Usted que es una mujer que sabe juzgar fríamente. ¿Qué ocurrió anoche entre los señoritos?

BERTA. Discutieron; el señor gritó, fumó diez y siete cigarrillos en cuatro horas y media y... *(La voz de Berta se pierde entre los formidables martillazos, que vuelven a sonar en el cuarto de baño.)*

ADEL. Berta: diga usted a ese hombre que envuelva el martillo en un pañuelo. Es imposible entenderse... *(Berta se asoma al cuarto del baño y finge hablar con Valentín. Vuelve.)*

BERTA. Dice que no tiene pañuelo.

ADEL. ¡Válgame Dios!

GER. Realmente... Si no tiene pañuelo... ¿Eh? Realmente... *(Por la puerta del cuarto de baño entra Valentín. Se ha puesto la americana azul que se dejó el fontanero, una boina muy mugrienta y un pañuelo de seda rodeado al cuello. Trae un martillo en la mano. Entra silbando un cuplé distraidamente y sin saludar. Recorre, golpeando con el martillo, el zócalo de madera de la pared del foro. Todos le contemplan en silencio, pero absortos.)*

ADEL. Oiga, buen hombre... ¿Por qué ese empeño de dar martillazos en todas partes?

VAL. Cumplo con mi deber, señora. Ahora estoy buscando el sitio por donde va la cañería.

ADEL. Pero ¿las cañerías van por aquí?

VAL. Las cañerías van por todas partes. No hay quien las ponga freno.

ALE. *(Dándole pie a Valentín para que se vaya.)* Déjelo usted, fontanero... Mañana, que es lunes, puede usted seguir... Váyase... Los domingos son días que deben dedicarse a la familia.

VAL. Yo a la familia no le dedico mas que mi retrato.

ALE. *(Aparte.)* ¡No se va!...

ADEL. En fin, Berta. Explique lo que ocurrió anoche.

BERTA. Los señores regañaron.

ADEL. Pero ¿por qué?

BERTA. La señora tiene más talento que el señor y la felicidad en su matrimonio es imposible.

ADEL. ¡Vaya una razón! Todas las mujeres casadas tenemos más talento que el marido.

VAL. *(Acercándose al grupo con el martillo en la mano.)* Eso es verdad. No hay mas que fijarse en que las mujeres casadas no suelen trabajar. Si los hombres tuvieran más talento que las mujeres, permitirían que las mujeres trabajasen para ellos, y ellos no harían mas que sacarse brillo a las uñas.

ADEL. Pero ¿usted quién es para opinar?

VAL. Soy el fontanero. *(Vuelve a su trabajo de revisar el zócalo.)*

ADEL. ¡Qué cinismo!

GER. Sí. Realmente... Es demasiado cinismo...

BERTA. ¿Desea la señora más noticias de lo que ocurrió anoche?

ADEL. Sí, sí...

BERTA. A las tres y media de la mañana el señor se fué y yo que se iba para siempre.

ADEL. ¿Y a usted no le parece un disparate este divorcio?

VAL. El divorcio es siempre disparatado. (*Yendo hacia el grupo.*) Pero es el único procedimiento para atenuar el matrimonio.

ADEL. (*Digna.*) Fontanero: le prohíbo que se mezcle en nuestra conversación. (*Valentín se encoge de hombros. Entonces le aborda Lisa.*)

LISA. Diga usted... ¿Por qué el matrimonio necesita ser tenuado?

ADEL. ¡Lisa! Te he prohibido en otra ocasión, que hagas preguntas a las personas que no son de la familia. Regáñela usted, Gerardo; es su prometida.

GER. ¡Lisa! Hablar con esas personas, no está bien, realmente... ¿Sabes? ¿Comprendes? Realmente, no está bien. (*Por la izquierda entra una doncella jovencita.*)

DONC. Señora... El señor acaba de llegar con otro señor. Pide permiso a la señora para...

ALE. Hazle pasar al despacho.

MAR. (*Entrando.*) Alejandra... Vengo con mi abogado. Pase usted, Raúl... (*La doncella queda de paso a Raúl y se va. Raúl Aribau es un hombre que seguramente no ha saltado aún a los treinta y dos años. Lleva debajo del brazo una gran cartera negra. Se trata de un individuo avisado que no conoce el valor de la palabra obstáculo, y acaso mucha gente dice que es un hombre a la moderna. Cualquiera sabe lo que quiere decir la gente, diciendo de un hombre que es un hombre a la moderna. Entra en escena como terreno conquistado.*)

RAUL. Buenos días a todos. Muy buenos días...

MAR. (*Presentando.*) Mi esposa... La madre de mi esposa... La hermana menor de mi esposa... El señor Raúl Aribau, abogado. (*Saludos de cabeza.*) ¡Ah! Se me olvidaba... Gerardo Martínez, prometido de la hermana de mi esposa.

GER. (*Dándole la mano a Raúl.*) Se le olvidaba... Realmente se le olvidaba...

RAUL. (*Señalando a Berta y a Valentín.*) ¿También son de la casa?

ALE. Mi doncella. Si yo no tuviera madre, ella haría sus veces.

RAUL. ¡Ah!

VAL. (*Avanzando hacia Raúl.*) Y yo soy el fontanero. Me dedico a arreglar las cañerías del cuarto de baño, y estoy en esta habitación porque tengo que buscar por dónde va la cañería. Es lo más esencial.

RAUL. ¡Ah! ¿Es usted el fontanero? (*Frotándose las manos.*) ¡Magnífico! Entonces, no falta nadie... (*Todos se miran con asombro.*) ¿Usted es pariente de algún miembro de la familia?

VAL. No, señor.

RAUL. ¡Espléndido! No es pariente de ninguno de la familia...

ADEL. (*A Raúl, ofendida.*) ¡Caballero! En nuestra familia no ha habido ni un solo fontanero! Y en cuanto a éste, va a estar entre nosotros muy poquito tiempo...

RAUL. Perdone, señora. Pero a este fontanero le necesito yo. Como necesito también a aquella doncella. (*Por Berta.*) Vengo a hacer las primeras diligencias, que han de conducir al divorcio, y me son imprescindibles dos testigos que no sean miembros de la familia de los litigantes.

ADEL. ¿Y quiénes son los litigantes?

RAUL. Los que litigan.

ADEL. ¡Eso ya lo sabemos! Pregunto qué personas son ¿Mi hija?...

RAUL. Su hija y el esposo de su hija.

ADEL. Pero...

ALE. Hazme el favor de no insistir, mamá. Estoy absolutamente decidida a divorciarme.

BERTA. Y a mí me parece muy bien.

VAL. Y a mí.

ADEL. ¡Pero ustedes no son nadie en esta casa!

VAL. ¿Cómo que no? Somos los testigos de las primeras diligencias. El abogado señor Aribau acaba de decirlo.

ADEL. ¡Es inaudito!

GER. Sí, es inaudito. Realmente... es inaudito.

VAL. Y en el extremo de que se me haya preguntado si soy pariente de usted, señora, creo que no hay razones para ofenderse.

ADEL. ¿Eh?

VAL. Ser pariente de un fontanero no puede deshonorar. Todos los humanos, señora, desde el portero de mi casa hasta el presidente de los Estados Unidos, descendemos de picapedreros.

ADEL. ¡De picapedreros!

MAR. ¿De picapedreros?

RAUL. A ver, a ver, a ver... ¿Quiere usted explicar esa teoría?

VAL. Descendemos de picapedreros porque descendemos de ombres que vivieron en la Edad de Piedra, y en la Edad de Piedra todo el mundo era picapedrero.

RAUL. ¡Palabra de honor! Es el fontanero con más talento que he visto...

VAL. Muchas gracias, señor. También pongo cristales.

RAUL. Y ahora, señores, podemos comenzar las diligencias.

ALE. Pasemos al despacho.

RAUL. ¡No, no! Aquí mismo. Se trata de un matrimonio esgraciado. Y precisamente nos hallamos en la alcoba conyugal, que es lo que podíamos llamar «el lugar del suceso».

ADEL. Caballero... Permitirá usted que aleje a mi hija mejor... Es soltera.

RAUL. Si es soltera, resultaría prematuro que conociera cómo se plantea un divorcio.

VAL. Si ustedes quieren, yo puedo ilustrarla en cómo se celebra una boda.

ADEL. ¡Usted lo que va a hacer es callarse!

RAUL. Usted tiene que limitarse a servir de testigo.

ADEL. Lisa...

LISA. ¡Mamá!

ADEL. Vete al salón con Gerardo, y ejecuta en el piano la romanza «Venecia, dulce ciudad de ensueño».

LISA. Está bien, mamá. (*Lisa y Gerardo se van por la izquierda.*)

RAUL. ¿Cómo? ¿Les deja usted solos a esos muchachos?... ¿Siendo novios?

ADEL. Conozco mi deber de madre, caballero. Habrá usted observado que exijo que toquen al piano una romanza...

RAUL. Sí.

ADEL. Pues bien; esa romanza tiene que tocarse a cuatro manos... No hay peligro. (*Dentro suena la música apagada de un piano.*) ¿Ve? Ya tocan juntos ¡La vida moderna nos ha enseñado tanto a las madres! (*La música sigue tocando muy piano para que no prive el diálogo.*)

RAUL. Su idea es maravillosa, señora. Pero comencemos las diligencias.

VAL. ¡Sí, sí, comencemos!

ADEL. (*A Raúl.*) Señor Grau...

RAUL. Aribau, señora.

ADEL. Señor Aribau: le suplico que evite este divorcio.

RAUL. No me es posible, se lo aseguro. Precisamente la especialidad de mi carrera son los divorcios. Su hija es mayor de edad, y si ella quiere divorciarse...

VAL. ¡Naturalmente! Si ella quiere divorciarse,...

ADEL. Pero ¿qué dirán nuestras amistades? ¡Con lo ma-
lo que habla la gente!

VAL. La gente habla mal, en efecto, pero piense usted, se-
ñora, en que si todo el mundo hablara bien, los buenos orado-
res no tendrían público.

RAUL. ¡Qué talento! ¡Qué talento el de este fontanero!

VAL. (*Modestamente.*) ¡Bah! Todo se reduce a que he te-
nido muy buenas fuentes... de conocimiento. (*El piano deja de*
tocar.)

ADEL. ¡El piano ha dejado de sonar! Ahora vuelvo. (*Váse*
rápidamente por la izquierda.)

RAUL. ¡Pobre madre! Con permiso de ustedes... (*A Berta*
y Valentín.) Haré unas preguntas previas... (*Forma un grupo*
con Berta y Valentín. Alejandra y Mariano se hallan al otro
lado de la escena, sentados en sendos sillones, y de espaldas uno
al otro.) Veamos... ¿Cómo se llama usted, fontanero?

VAL. Valentín... Valentín Lozano.

RAUL. ¿Edad? ¿Natural de...? ¿Estado?

VAL. Cuarenta y cinco años. De Loeches. Casado; con diez
hijos varones.

RAUL. ¿Diez hijos?

VAL. Sí, señor. En el barrio me llaman «el proveedor del
Ejército».

RAUL. (*Dándole la mano.*) ¡Diez hijos! Mi enhorabuena
en nombre de los primeros pobladores de España. (*A Berta.*)
¿Y usted? ¿El nombre de usted?

BERTA. Berta. Berta... Lozano.

RAUL. ¿Como el fontanero?

BERTA. Sí. Es un apellido corriente. Cuarenta años. De
Carabaña, y soltera.

RAUL. ¿Soltera con hijos?

BERTA. Sin hijos, para compensar los diez de este señor.
(*Por Valentín.*)

RAUL. ¡Qué rareza! Los dos Lozano y ella de Carabaña y
él de Loeches.

ADEL. (*Entrando por la izquierda.*) Pobrecitos, se entrete-
nían viendo un álbum de retratos. Ahora he ordenado a una don-
cella que les haga compañía.

RAUL. Perfectamente. Entonces podemos comenzar las di-
ligencias. Siéntense ustedes. (*Todos se sientan.*)

ADEL. Un instante, señor Aribau. Ruego a usted que ordene
al fontanero que deje el martillo. Acostumbra a accionar con él
y temo una desgracia. (*Valentín guarda el martillo en la es-
palda.*)

RAUL. (*En tono doctoral.*) Señores: he sido llamado para tramitar un divorcio.

VAL. Lo sabíamos.

ADEL. Fontanero, no interrumpa.

RAUL. La necesidad de este divorcio es urgente. Doña Alejandra Romay y don Mariano Balfur no se entienden y no se aman.

BERTA. Se aborrecen.

VAL. Sí; ¡se aborrecen!

ADEL. Pero ¿usted qué sabe?

VAL. Si ellos se amasen, no se habría roto la cañería. Los maridos que tienen disgustos con su mujer suelen desahogar su rabia dándoles puntapiés a las cañerías y las cañerías se rompen.

RAUL. Por ello he dicho que el divorcio es urgente. Pero legalmente, señores, el divorcio, en este caso, es imposible.

MAR. y ALE. ¿Qué?

ADEL. ¡Dios mío! (*Con alegría.*)

VAL. Como testigo que soy, pido que el abogado explique sus palabras.

RAUL. Más claro: no veo causa de divorcio...

ALE. (*Indignada.*) ¿No habrá venido usted para decir eso?

RAUL. Un poco de calma. Un poco de calma... ¿Su marido, señora, ha introducido alguna amante en el domicilio conyugal?

ALE. No.

RAUL. Primera causa de divorcio que no existe. ¿Usted misma ha tenido amantes?

ADEL. ¡Caballero! ¡Mi hija es una persona decente!

ALE. ¡Calla, mamá! (*A Raúl.*) No, señor; no he tenido amantes.

RAUL. Segunda causa de divorcio que no existe. A usted, señora, ¿a usted, señor, ¿les huele el aliento?

ADEL. ¡Qué porquería! (*Todos protestan con el gesto.*)

VAL. Usan porborol. Lo he visto en el cuarto de baño.

ALE. No nos huele.

RAUL. Tercera causa que no existe. Su marido, señora, ¿la ha pegado alguna vez causándola lesiones?

ALE. No.

RAUL. Cuarta causa negativa. ¿Le ha aconsejado a usted su marido que usted amase a otro hombre?

ALE. No. Y puede que tampoco le hubiese hecho caso.

RAUL. Quinta causa de divorcio que no existe. Otra pregunta... de índole delicada. ¿Su marido sufre alguna enfermedad?

MAR. No sufro ninguna enfermedad. Puede usted registrarme.

ALE. El año pasado tuvo la gripe.

RAUL. No nos sirve.

VAL. Ni a él tampoco.

RAUL. (*A Alejandra.*) ¿Se convence usted, señora, de que no existe causa de divorcio? Existe voluntad, pero causa no. Claro que yo soy un gran abogado, y existiendo voluntad, lograré el divorcio. ¡La voluntad es la palanca mágica que levanta el mundo!

VAL. ¡Bravo!

ADEL. (*Dignísima.*) ¡Fontanero!

VAL. ¡Bravo! ¡La palanca y el martillo son los grandes orgullos de la mecánica! Dejad que un pobre obrero aplauda tan hermosa frase... ¡Bravo!

RAUL. Gracias, muchas gracias... (*Raúl le tiende la mano y Valentín le da el martillo; luego rectifica y ambos se estrechan las manos.*)

ALE. ¿Y cómo piensa usted lograr nuestro divorcio? ¿Por incompatibilidad de caracteres?

RAUL. No podría. Los magistrados, en lugar de resolver divorcios por incompatibilidad de caracteres, aconsejan a los cónyuges unos meses de campo.

MAR. ¿Entonces...?

RAUL. Mi procedimiento es más sencillo y más seguro... A usted, señora (*A Alejandra.*), su marido no le ha pegado nunca. Pues bien; yo he pensado que la pegue a usted hoy delante de testigos, y así existirá la causa de divorcio denominada «malos tratos».

VAL. ¡Genial!

RAUL. (*Pavoneándose.*) ¿Eh?

VAL. ¡Portentoso! ¡Genial! (*Le abraza.*) ¡Extraordinario!

ADEL. ¿Que ese hombre pegue a mi hija?

MAR. Que pegue yo a mi mujer, ¿verdad? (*Hace flexiones de brazos.*)

RAUL. Sí; sí; que la pegue.

VAL. Que la pegue y la insulte. Así serán malos tratos de palabra y obra.

RAUL. ¡Eso es! Muy bien.

MAR. ¿Qué dices tú a eso, Alejandra?

ALE. Espero con impaciencia tus insultos y tus golpes.

MAR. ¡Magnífico! ¿Le pego también a la doncella? Realmente es una situación muy nueva...

RAUL. Vamos... Comencemos. Usted y usted. (*A Berta y a Valentín.*) A mi lado. Abran bien los ojos. Son los testigos. Usted. (*A Mariano.*) Insulte a su esposa.

MAR. ¿Qué le digo? ¿Qué le digo?

VAL. Llámela antipática.

RAUL. ¡Eso es poco! Llámela «hembra sin pudor».

ADEL. ¡Delante de mí no insulta a mi hija!

RAUL. Señora, no interrumpa, que estamos en una diligencia.

ADEL. Aunque estuviéramos en un expreso, caballero. Es mi hija.

ALE. Mamá, te ruego que te calles. Si no puedes callarte, vete.

MAR. Yo soy el marido y me veo forzado a pegarla. Ya ve usted, mamá Adelaida, a lo que puede conducirnos la civilización.

RAUL. ¡Vamos! Tengo prisa... (A Mariano.) Insúltela como hemos convenido y hágala objeto de malos tratos.

MAR. ¿Debo decirla hembra sin pudor?

RAUL. Sí.

MAR. ¡Hembra sin pudor! ¡Hembra sin pudor! ¡Hembra sin pudor. (De carrerilla.)

RAUL. (Con gesto hosco y despreciativo.) ¡No, hombre! Basta con una vez. Pero bien dicho! ¡Péguela ahora! (Mariano va a pegar a Alejandra, pero su mano queda en el aire, sin acabar de caer.)

MAR. No puedo... Les aseguro a ustedes que no puedo.

VAL. Un pequeño esfuerzo...

RAUL. ¡Vamos! ¡Péguela! No podemos aguardar toda la mañana!

MAR. En fin. (Cerrando los ojos le da a Alejandra un cachetito en el hombro.) ¡Toma!

RAUL. ¡Más fuerte! Diga usted «¡Toma, hembra sin pudor! (Hace ademán de dar un puñetazo espantoso.)

ADEL. ¡Qué barbaridad! La va a deshacer!

MAR. (Dando a Alejandra un cachete más fuerte en el brazo.) ¡Toma, hembra sin pudor!

RAUL. ¡Basta! ¡Basta! (Raúl se reviste de dignidad, y echando lumbre por los ojos, se vuelve hacia Berta y Valentín.) Ustedes han sido testigos... Ustedes lo han visto. Delante de todos nosotros, este hombre (Señalando a Mariano.), ha cometido la asquerosa villanía de pegar a su esposa. ¡Qué espectáculo tan repugnante! Las personas honradas estallamos de indignación en estos casos. ¡¡Parece mentira que semejante cosa pueda ocurrir en pleno siglo XX!!

MAR. Pero oiga usted, Raúl, yo...

RAUL. (Furioso a Mariano.) ¡Calle! ¡Calle! No añada el cinismo a la vileza... ¡Canalla! ¿Cómo ha podido usted levantar su mano sobre esa angelical criatura? ¡Todos hemos visto que la ha golpeado usted, y, no contento con eso, monstruo de villanía, la ha insultado... ¡¡Qué asco!! ¡Insultar a su pura y digna esposa con la peor palabra que puede salir de labios de un hombre!

MAR. Pero, ¡caramba!, yo...

RAUL. ¡Silencio! (*Todos están asombrados.*)

ADEL. Pero, señor Aribau...

ALE. El me pegó porque usted dijo que...

RAUL. ¡¡A callar!! ¿Van a defenderle? ¡Ah! ¡La familia!... La familia tiene la culpa de que muchos hombres mueran en el patíbulo... Un hombre roba, y la familia, sólo porque es su hermano, o su hijo, o su sobrino, ya encuentran disculpable el robo...

VAL. Eso es verdad. Y hay padres que, después de haber sido asesinados por su hijo, todavía le defienden.

RAUL. Por eso, yo he acudido a testigos que no son de la familia. (*A Berta.*) ¿Usted vió cómo pegaba e insultaba a su esposa?

BERTA. Lo vi.

RAUL. (*A Valentín.*) ¿Y usted, lo vió?

VAL. Lo vi, rechinando los dientes de rabia.

RAUL. Y entonces..., ¿puede negarse el delito? ¡Hay testigos de esta infamia! ¡Pero no quedará sin castigo! ¡La Inquisición concluyó con Fernando VI...

VAL. (*En voz baja.*) Con Fernando VII.

RAUL. ¡Digo, con Fernando VII! Y hoy la palabra libertad es algo más que una palabra; es el símbolo y el blasón de una época!

VAL. Muy bien.

RAUL. Llegado a este doloroso extremo un matrimonio, la vida conyugal se hace imposible, y las almas sólo pueden hallar un lenitivo, un bálsamo y una válvula en la separación, en el divorcio.

VAL. ¡Eso es!

ADEL. ¡Dios mío, a lo que hemos ido a parár!... (*Se deja caer en un sillón.*)

RAUL. Porque divorcio significa libertad. (*A Alejandra.*) Usted, señora, quede tranquila. Su marido no estará a su lado. A la manzana podrida se la separa de las demás.

VAL. Eso es cierto. Y yo lo sé decir en verso: «Si te dan una cesta de manzanas, separa las podridas de las sanas.»

RAUL. El divorcio se resolverá con todas las ventajas para usted, señora, y su grosero esposo tendrá que pasarle una fuerte renta mensual. Mi enhorabuena por este excelente resultado. (*A Mariano.*) Y usted, váyase de esta casa. ¡¡No tiene derecho a habitar un hogar honrado!! Señores: Buenos días. (*A Berta.*) Acompáñeme hasta la puerta, testigo... (*Saluda, muy fino, y se va por la izquierda. Mariano, protestando, le sigue. Detrás de ellos va Berta. Una pausa.*)

ALE. Voy a decir adiós a Mariano, por última vez. No quiero que piense que estoy triste. (*Se va por la izquierda.*)

ADEL. (*Levantándose furiosa y encarándose con Valentín.*)
Bueno. ¡Usted tiene la culpa de todo!

VAL. ¿Yo?

ADEL. ¡Usted, sí, que en su imbecilidad ha sido capaz de hacer de testigo! ¡Es usted un mal hombre!

VAL. Soy fontanero.

ADEL. ¡Y esa hija, esa hija, que está loca! ¡Divorciarse! Divorciarse en el mes de mayo, cuando se echa encima el verano... ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Inicia el mutis por la izquierda.*)

VAL. (*Lentamente, y adoptando un aire distraído.*)

El crepúsculo es siempre igual...

El sol se esconde en el fanal
de unas nubes incandescentes...

El crepúsculo es siempre igual...

¡Pero los hay tan diferentes!

(*Adelaida, que había llegado a la puerta, se detiene a oír el primer verso, y se vuelve a escuchar los que siguen. Al acabar Valentín, avanza hacia él, estupefacta.*)

ADEL. ¿Qué significa? (*Con el temor de equivocarse.*) ¿Es usted Valentín?

VAL. El crepúsculo es siempre igual... ¡Pero los hay tan diferentes!

ADEL. (*Con certidumbre.*) ¡Valentín!

VAL. (*Inclinándose ceremoniosamente.*) ¡Valentín!...

ADEL. Pero... ¡de fontanero!

VAL. ¡De fontanero!... (*Alargando el pie.*) ¿Son de fontanero estas botas?

ADEL. ¿De qué son?

VAL. De charol.

ADEL. (*Con alegría.*) ¡Usted es Valentín! ¡Eso no lo puede contestar más que Valentín!

VAL. A Valentín no le queda ya más que eso... Eso y aquellos versos que no conoce nadie más que usted: «el crepúsculo es siempre igual». Ha envejecido mucho Valentín, ha envejecido tanto que se detiene a ver pasar las muchachas de trece años.

ADEL. ¡Bah! Pero el espíritu lo conserva usted.

VAL. En alcohol.

ADEL. Y conserva usted la figura...

VAL. En corsé faja.

ADEL. Y, por lo visto, su vida sigue siendo una novela de aventuras.

VAL. Encuadernada en cartoné. Además se me ha perdido la portada.

ADEL. Sentándose y con expresión curiosa. ¿Y a mí me encuentra usted bien aún?

VAL. La encuentro mejor que antes. Ahora ya ha aprendido a pintarse.

ADEL. ¿Me pintaba mal antes?

VAL. Se pintaba usted de un modo cubista.

ADEL. Tenía muy poca experiencia.

VAL. Y, además, me dijo usted entonces que también tenía poca luz en el tocador.

ADEL. Valentín... Pero ¿cómo está usted en esta casa?

VAL. Divinamente. Me divierto desde hace nueve horas. He entrado por el balcón y saldré por la puerta. Por cierto que sus hijas son muy lindas...

ADEL. Gracias, Valentín.

VAL. Y las dos tienen que advertir que son hijas tuyas para que uno crea que son más jóvenes que usted.

ADEL. Muchas gracias, Valentín.

VAL. No me dé usted las gracias. Si estuviese hablando con ellas, diría todo lo contrario. *(Por la izquierda entra Alejandra.)*

ALE. Ya se ha ido. *(Valentín se va por el segundo derecha.)*

ADEL. *(Levantándose y abrazando a Alejandra.)* Hija, te arrepentirás de esto... Te arrepentirás.

ALE. Creo que no, mamá; no quiero a Mariano.

ADEL. Nunca se sabe si se quiere o no a un hombre. Te arrepentirás, te arrepentirás... Arréglate. Vente a casa y almuerza hoy con nosotros.

ALE. Bueno... Eso sí...

ADEL. Voy a buscar a tu hermana. La he dejado sola demasiado tiempo. ¡Lo que te vas a arrepentir! *(Se va por la izquierda. Una pausa. Alejandra queda pensativa junto a la mesa enana. Por la derecha entra Valentín. Se ha quitado la chaqueta azul y se ha puesto la propia; trae en el brazo el abrigo y en la mano el sombrero.)*

VAL. Ya he acabado de arreglar la cañería. Adiós definitivamente, señora.

ALE. Adiós.

VAL. Me voy muy contento. He resuelto del todo el jeroglífico de palabras cruzadas. Ya sé cual es la palabra de ocho letras que significa «libertad». Es la palabra divorcio. D-i-v-o-r-c-i-o... Ocho letras... *(Se inclina e inicia el mutis. En este momento entra Mariano por la puerta de la izquierda, a cuerpo, pero con el sombrero en la mano. Entra rápidamente, como si viniera a hacer alguna advertencia a Alejandra.)*

MAR. Venía a decirte, Alejandra que... *(Ve a Valentín y se detiene estupefacto. Alejandra se pone en pie, adivinando lo que*

va a pensar Mariano. Una pausa angustiosa.) ¿Qué es esto?
¿Quién es ese hombre?

ALE. ¿Es... Es... Es el fontanero, Mariano.

VAL. Sí, señor; el fontanero.

MAR. (*Contemplando el estupendo abrigo de Valentín, su sombrero elegante y su traje impecable.*) El fontanero, ¿eh? ¡Está bien, Alejandra!

ALE. No es el fontanero, Mariano. Pero, por Dios, no pienses nada malo...

VAL. No piense usted nada malo, caballero.

ALE. Yo te explicaré, ¿sabes? (*Señalando a Valentín.*) Entró anoche por el balcón.

MAR. ¡¡ Calla!! ¡ No me des detalles! Sé perfectamente que en estos casos se suele entrar por el balcón.

ALE. ¡ Mariano, que yo te aseguro que...!

MAR. ¡ Te he dicho que calles! Piensa que podría matarte a ti también.

VAL. (*A Alejandra.*) Eso es, piense en que la puede matar a usted también...

MAR. Pero no lo haré. Soy un hombre civilizado. Me limitaré a matar a ese señor. (*Por Valentín.*)

VAL. Le agradezco a usted de veras la distinción, pero, si no quiere molestar...

MAR. Matarle a usted es cosa decidida.

ALE. ¡¡ Pero Mariano!!

VAL. (*Imponiéndola silencio con un gesto.*) ¡ Chist! Nada podemos hacer, señora. Lo tiene decidido...

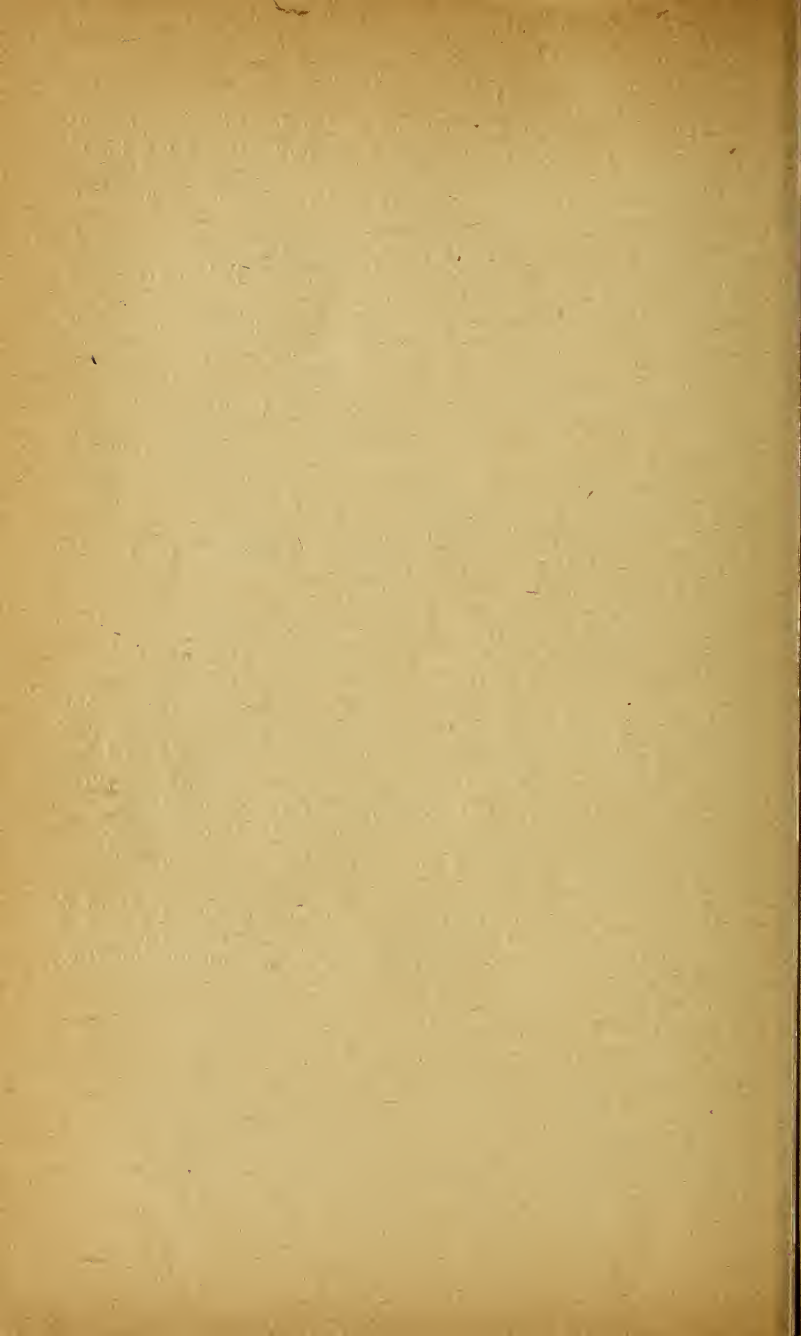
MAR. Vamos a mi despacho. Esto no debe trascender. Además, usted (*A Valentín.*) tiene que firmar una carta al juez para que la policía no me moleste cuando le haya matado. Y tú (*A Alejandra.*) ¡¡ ni una palabra!! Si hablas o gritas, seguirás la suerte de este señor. ¡ Vamos! (*Les indica la puerta de la izquierda.*)

ALE. (*Suspirando aterrada.*) ¡ Dios mío! (*Hace mutis.*)

VAL. (*Cediendo el paso a Mariano.*) Usted primero, caballero. No puedo consertir...

MAR. Pase usted (*Secamente.*) Vamos... Hágame el favor de pesar. (*Aún dudan unos momentos mutuamente, y por fin se deciden a un tiempo y hacen mutis, dándose un empujón involuntario.*)

TELÓN



ACTO TERCERO

Un despacho lujoso. En la izquierda, una puerta de corredera con forillo de pasillo. Apliques, lámpara en el techo y sobre la mesa. Teléfono portátil. Diván turco y dos butacones en el primer término.

Al levantarse el telón, la escena sola. Hay una pausa larga. Al final de ella, la puerta del foro, que estaba cerrada, se abre, y en el forillo aparecen Alejandra, Valentín y Mariano. Los tres se hallan en idéntica situación en que los dejamos al final del acto segundo. Es decir que en el entreacto, nuestros amigos no han hecho mas que recorrer el pasillo de la casa y trasladarse de la alcoba a este despacho en que los presentamos. Naturalmente, Alejandra viste el mismo traje; Valentín trae el sombrero en la mano y el abrigo al brazo, y Mariano el sombrero; en una palabra, de un acto a otro, nada ha cambiado en ellos, ni siquiera el gesto o la actitud.

MAR. (*Desde el forillo, a Alejandra, secamente.*) Pasa. (*A Valentín.*) Pase usted. (*Valentín y Alejandra entran en escena.*)

VAL. (*Aparte a Alejandra y rápidamente.*) (Señora, no proteste; cállese; dígale a todo que sí. Conozco estos caracteres fríos y calculadores y no conviene excitarle...) (*Mariano va lentamente hacia la mesa de despacho y Valentín y Alejandra, cada uno a un lado de la escena, esperan los acontecimientos; ella, angustiadísima; él, sonriente, como de costumbre. Por fin, Mariano parece decidirse. Saca una pistola del cajón y la examina en silencio durante unos segundos. Alejandra mira a su marido con los ojos muy abiertos por la ansiedad. Valentín se acerca a Mariano.*) ¿De cuántos tiros es?

MAR. De seis.

VAL. Pues si usted me apunta bien van a sobrar cinco.

MAR. Sobrarán.

VAL. ¡Ah! (*Una pausa.*) Es muy bonita, ¿eh?

MAR. No es fea.

VAL. ¿La compró o se la regalaron?

MAR. (*Mirándolo fijamente.*) Creo que no es este el instante de satisfacer su curiosidad.

VAL. Es una curiosidad póstuma. Y estoy en mi derecho al pedir informes de la pistola. Nunca me perdonaría el morir por culpa de un arma mal construída.

MAR. Siéntese ahí y escriba lo que voy a dictarle.

VAL. ¿Dónde me siento?

MAR. Ahí. (*Le señala la mesa.*)

VAL. Un momento... Me parece indispensable advertirle que yo no tengo costumbre de escribir al dictado.

MAR. No importa. Siéntese y escriba.

VAL. (*Sentándose ante la mesa de despacho.*) ¿Quiere usted dejarme su estilográfica? Si no es con estilográfica, no puedo escribir... Ayer me compré una y se me perdió. Bueno... La verdad es que no recuerdo bien si se me perdió o es que no llegué a comprarla.

MAR. (*Dándole la estilográfica.*) Tome. Y escriba. (*Se pone a pasear de largo a largo de la habitación con las manos en la espalda. Sigue teniendo la pistola.*)

VAL. ¿Papel?

MAR. Hay ahí. (*Señalando la mesa.*)

VAL. Pero este papel es timbrado con su nombre, y me parece mal escribirle al juez en un papel ajeno.

MAR. No importa. Será señal de que usted ha muerto en esta casa voluntariamente. (*Impaciente.*) ¡Escriba! (*Pasándose y dictando.*) «Señor Juez de guardia: Mi distinguido amigo.»

VAL. ¿Amigo?

MAR. ¡Amigo! Escriba usted. (*Dictando.*) «Harto de una vida sin ideales... (*Valentin hace un gesto de disgusto, como si protestara de que él tiene ideales, pero se resigna y escribe.*) he decidido morir. Lamento molestarle en el cumplimiento de su deber, pero no puedo hacer mas que lamentarlo.»

VAL. (*Escribiendo.*) «Lamentarlo». (*A Mariano.*) ¿Le parece a usted que pongamos un párrafo hablando de lo duro que es siempre el cumplimiento del deber?

MAR. No. Escriba. (*Dictando.*) «Pido perdón a usted, así como a mi querido amigo D. Mariano Balfur, en cuya casa me suicido. Y advierto, naturalmente, que nadie más que yo es responsable de mi muerte.»

VAL. Ahora se dice tránsito.

MAR. Ponga usted muerte, para que nadie tenga ninguna duda.

VAL. Pondré muerte. Y si alguien duda, bastará que vean mi cadáver para comprender que he fallecido. (*Escribe.*)

MAR. Exacto (*Dictando.*) «Queda de usted afectísimo...» Firme con dos apellidos y rubrique.

VAL. Ya está.

MAR. Traiga. (*Coge el papel y lo lee mentalmente.*) Está bien. Guárdese en un bolsillo. (*Se lo da.*) El juez debe encontrarlo en su bolsillo.

VAL. ¿En qué bolsillo me lo guardo?

MAR. Es igual. Basta con que sea en uno. ¿Tiene usted alguna disposición que hacer?

VAL. No se me ocurre ninguna. Pero si usted me dajara unos lías para pensarlo...

MAR. Lo siento; no es posible. Y ahora, Alejandra (*Volviéndose hacia ella.*), supongo que habrás cambiado de opinión respecto a mí. Me dijiste anoche que yo era un hombre vulgar. Lo que estoy haciendo no es propio de un hombre vulgar...

ALE. No lo es. Pero, óyeme, Mariano, sufres un error. Yo quiero explicarte...

MAR. (*Tajante.*) ¡De eso ni una palabra! ¡Ni una palabra o perderé la serenidad! (*Coge la pistola con las dos manos y tira del cerrojo, pero el cerrojo no cede. Durante unos momentos, Mariano, con gesto contrariado, forcejea en la pistola. Valentín y Alejandra le contemplan con enorme interés.*)

VAL. (*Después de una pausa en la que Mariano urga en la browning.*) ¿Qué pasa?

MAR. No sé... Parece que se ha atrancado... (*Sigue forcejeando.*)

VAL. (*Después de otra pausa.*) ¿No puede? A lo mejor es que está en el seguro.

MAR. (*Con esa rabia concentrada que siente todo hombre al luchar con un mecanismo rebelde.*) No... Si el seguro lo he quitado antes...

VAL. Saque usted el cargador, a ver... (*Los tres forman un grupo lleno de curiosidad y de ansia de triunfo. Mariano saca el cargador del arma y vuelve a forcejear.*)

MAR. Tampoco...

VAL. Meta otra vez el cargador de un golpe y tire del cerrojo bruscamente. (*Mariano obedece.*)

MAR. No hay manera.

VAL. Déjeme usted a mí... (*Le pide la pistola con un gesto.*)

MAR. (*Dándole la pistola.*) Cuidado no se dispare y se hiera usted.

VAL. (*Forcejeando a su vez.*) Bueno, es una lata... Ahora, ni para atrás ni para adelante.

MAR. ¿No se le habrá dado la vuelta al cañón? Traiga a ver si... (*Le coge la pistola a Valentín y vuelve a bregar con ella.*)

VAL. ¡Para que luego hablen de las armas modernas!... Si viviésemos en el siglo XIII, usted me habría dado un hachazo y yo habríamos acabado de una vez.

MAR. ¡No hay forma; está visto!

VAL. ¿Por qué no probamos a engrasarla? (*A Alejandra.* ¿Quiere usted llamar a una doncella, señora, para que traiga un poquito de aceite?)

MAR. No. Que no llame a nadie. Acaso este incidente sea providencial... ¡Sí! ¡Es providencial! (*Deja la pistola en la mesa.*)

ALE. ¿Eh?

MAR. Creo en la Providencia, y he pensado no matarle a usted. (*A Valentín.*)

VAL. Entonces yo también creo en la Providencia.

MAR. (*Sentándose.*) Muchas veces he pensado en lo que yo haría si me hallase en un caso como este, y siempre llegué al convencimiento de que mataría al seductor.

VAL. Pero tenga usted en cuenta que nunca pensó en que se le iba a estropear la pistola.

MAR. Por eso creo que es providencial la avería. ¡Podré no haber matado, pero no dejaré de aborrecer jamás! (*Se levanta.*)

ALE. ¡Mariano!

MAR. ¡Jamás! (*Va hacia la puerta*)

ALE. No. Eso no... (*Le obliga a volver sobre sus pasos.*) Tienes que oírme. Tú no puedes creer lo que crees y juzgarme como una mala mujer.

MAR. (*Cruzándose de brazos.*) Habla. Te oigo.

VAL. (*Aparte.*) (Hermosa actitud.)

ALE. Yo no conozco a ese señor. (*Por Valentín*) Anoche, al rato de irte tú, entró por el balcón de la alcoba. Me dijo que era un ladrón; luego lo negó, me hizo apagar la luz...

MAR. (*Levantando los brazos al cielo.*) ¡Apagar la luz! ¡Y lo confiesa! ¡¡Es el colmo!! (*Se pasea como una fiera en la jaula, diciendo.*) ¡Es el colmo! ¡Es el colmo! (*Alejandra, desesperada, le sigue en sus evoluciones.*)

ALE. ¡Pero escúchame! ¡Escúchame, por Dios!

VAL. Caballero, escúchela, que los ataques de nervios de la mujer son mortíferos para la salud del marido.

MAR. Ni yo soy su marido ni ella es mi mujer. (*Deteniéndose.*) En fin, habla. A ver qué mentiras se te ocurren.

ALE. No miento. Digo la verdad. Me hizo apagar la luz para salvarse de un policía, pero luego resultó que lo que quería era ver qué tal estaba la habitación a la luz de la luna.

MAR. ¿Y eso dices que es una verdad? ¿Me quieres hacer creer que eso puede ocurrir? ¡Se necesita ser idiota como un mosquito!

ALE. ¡Que es cierto, Mariano!

VAL. Es cierto, caballero.

MAR. (*Gruñendo.*) Bueno. Sigue. A ver hasta dónde llega la imaginación de una infiel...

ALE. Te pido de rodillas que me creas. Yo le dije: «Váyase usted..., soy una mujer honrada», y él me contestó que por eso mismo no podía irse, porque le verían salir y juzgarían mal de mi persona y de mi conducta. Entonces decidió pasar aquí la noche...

MAR. ¿Y eso no podía hacer que te juzgasen mala? ¡Qué idiotez! ¡Qué idiotez!

ALE. (*Llorosa.*) Pero Mariano, si pasó la noche en un sillón! Si yo he dormido en la alcoba de Berta! Puedes preguntárselo a ella misma...

MAR. Yo no acudo a las doncellas mas que para mandarles que me preparen el baño.

VAL. Eso está bien.

MAR. (*A Valentín.*) Ni busco tampoco su opinión.

VAL. Eso está mal.

ALE. Esta mañana, cuando ya se iba a ir, llegaron mamá, Lisa y Gerardo, y para que no creyesen lo que no era, ese señor se hizo de fontanero. Luego, llegaste tú..., y eso es todo. (*Llorosa.*) Y pensar que yo...!

MAR. ¡Mentira sobre mentira!... ¡Un tejido de embustes! Bah! Si al menos tus mentiras tuviesen interés...

ALE. ¡Ay, que dice que no tienen interés!...

MAR. ¡Adiós, Alejandra! ¡Lo mejor es el desprecio! Mi desprecio será el mayor castigo para ti... Ahí te quedas con ese... fontanero. Si aún me quieres, también él resultará castigado, porque le arañarás, al ver que por él me pierdes a mí... ¡Adiós para siempre! (*Hace un gesto digno y se va. Alejandra se queda mirando a la puerta, como si estuviese soñando. Hay una pausa larga.*)

ALE. ¡Se ha ido! ¡Se ha ido!...

VAL. Sí, verdaderamente se ha ido.

ALE. ¡Y se ha ido por usted!

VAL. Crea usted, señora, que, si en lugar de ser yo, hubiera sido otro, él se habría marchado igual.

ALE. (*Furiosa.*) ¡Se habría marchado igual! ¿Y usted no ve que lo pierdo por su culpa?

VAL. Puede ser. Pero no me arañe usted, que se le va a saltar el esmalte de las uñas.

ALE. (*Desesperada.*) ¡Dios mío! ¡Un hombre como él! ¡Un hombre que me llevaba al teatro todos los domingos! ¡Un hombre que sabía lucir tan bien el smoking! ¡Un hombre que le interesaba a una hasta leyendo el programa de la Radio! ¡Un hombre que estaba siempre en todo, que si teníamos entradas para

el teatro o para el cine venía temprano a comer! ¡Un hombre que bailaba tan divinamente, que entendía tanto de boxeo, de fútbol y de toros!... ¡Un hombre de tanto espíritu!

VAL. Pero...

ALE. ¡Y delicadísimo! ¡Y complaciente! ¡Perder ese hombre! (Llorosa.) ¡Perder ese hombre por culpa de un... fontanero!

VAL. Señora, que yo no soy fontanero.

ALE. Pero merecía usted serlo. ¡Dios mío! (Se deja caer gimoteando en un sillón.)

VAL. Usted se olvida, señora, que, cuando yo aparecí anoche, usted ya había determinado divorciarse...

ALE. ¡Vaya una cosa! Ya se sabe que se determina el divorcio... ¿Y qué? Luego le llama a uno el juez y le hace a una varias reflexiones con voz dulce: «Señora, mire usted bien el paso que va a dar... Señora, que su marido la quiere mucho...» Y una se emociona un poquito y deja que salga una lágrima. Y entra el marido y dice: «Tú has llorado, amor mío...» Y una niega. Y él insiste. Y habla el juez. Y habla el marido y todos ruegan y suplican. Y entonces una hace un gesto de sacrificio y dice: «En fin..., lo hago por los hijos.» Y si no se tienen hijos, se añade: «Lo hago por los hijos... que puedan venir de ahora en adelante.»

VAL. ¡Qué bonito cuadro! Pero si los hijos han de venir «de ahora en adelante», con tal de no reunirse otra vez, no hay necesidad de sacrificarse por los hijos...

ALE. (Mirándole despreciativamente.) ¡Uf! ¡Qué vulgaridad! ¡Qué frase de fontanero!

VAL. Bueno, ya no hay quien me quite ese oficio de encima. ¡Si lo sé me finjo aviador, que es más elevado! (Queda en la derecha. Por el foro entra Adelaida.)

ADEL. Pero ¿qué es esto? Mariano ha vuelto; se ha ido otra vez echando chispas; se ha negado a explicarme detalles y dice que ahora, más que nunca, es necesario el divorcio. Explícate, Alejandra...

ALE. Yo no explico nada; no tengo gana de explicar nada. ¡Que te lo explique el fontanero! ¡Dios mío, qué desgracia tan grande! (Se va por la izquierda a punto de llorar.)

ADEL. (Moviendo la cabeza en señal de reproche.) ¡Pero Valentín!... ¿Cómo se las arregla usted para estar siempre metido en algún lío?

VAL. No lo sé... La verdad es que no lo sé. ¿Usted cree, señora, que el destino puede influir en la vida de un hombre?

ADEL. ¿Qué clase de destino?

VAL. No. El destino en general; la suerte, lo que «está escrito».

ADEL. ¡Ah! No tengo opinión formada sobre eso...

VAL. Pues si el destino influye en mi vida, mi destino es an-

lar siempre mezclado en un lío u otro. Entro en ellos sin saber cómo; salgo sin saber por dónde. Pero me paso la vida entrando y saliendo en cien jaleos diversos. Incendios, divorcios, secuestrados, hundimientos, descarrilamientos, herencias embrolladas, bolas, robos, detenciones de estafadores..., en todas estas cosas, y en muchas más, me he visto siempre metido sin comerlo ni beberlo. He estado mezclado hasta en un rapto. (*Sonriendo con intención.*) En un rapto...

ADEL. ¡Ah! ¿No lo ha olvidado usted?

VAL. ¿Cómo voy a olvidarlo? Si fué una de las aventuras más encantadoras. Además, los dos éramos jóvenes entonces...

ADEL. ¿Los tres? ¡Los tres!

VAL. ¡Es verdad! Los tres... ¡Pero qué distraído soy! ¿Y él? ¿Y Lorenzo?

ADEL. Quedó en casa. Tiene ahora cincuenta y cuatro años y le encanta ir a los teatros de variedades y tomar magnesia bisurada.

VAL. ¿Recuerda usted? Fué hace ya veinte años. Era el día diez de abril...

ADEL. El día nueve. Lunes.

VAL. ¡Es verdad! El día nueve. Lunes. Yo viajaba en el correo de Barcelona. Era de noche, una noche de primavera por cierto... Iba leyendo un libro; pero acababa de dejarlo y recostaba mi cabeza en el marco de la ventanilla...

ADEL. Prefería usted ver la luna a leer...

VAL. No. Había dejado de leer, porque la luz del vagón era infame.

ADEL. Hoy pasa lo mismo que entonces...

VAL. Sí. Pero ahora, cuando me sucede, en lugar de contemplar la luna, empiezo a decir pestes de la Compañía de Ferrocarriles.

ADEL. Los años...

VAL. (*Alarmado.*) ¿Eh?

ADEL. ¡Los años que hace!

VAL. ¡Ah! Llegaba el tren a la estación de Meco, y de pronto, ¡zas!, dos novios fugados que suben al vagón escondiéndose. El tenía veintiocho años, y ella, diez y seis. Ella era usted; él era Lorenzo, su marido, el padre de Alejandra y de Lisa.

ADEL. (*Suspirando.*) ¡Ay!

VAL. Me explicaron. Lorenzo la acababa de raptar. El padre de usted venía siguiéndoles.

ADEL. ¡Pobre papá!

VAL. ¿Murió?

ADEL. De los disgustos. Yo era la mayor de mis hermanas; a todas nos raptaron los que luego fueron nuestros maridos. Cuando raptaron a la más pequeña el pobre papá murió agotado.

VAL. En un raptó de desesperación. Era muy simpático. Recuerdo cuando entró en el vagón, hecho una furia y pegándoles puntapiés a las maletas...

ADEL. Sí. Y tuvo que volver a marcharse...

VAL. Porque usted estaba de pie en el estribo, por la parte de fuera, oculta...

ADEL. ¡Y con un miedo a que el tren entrase en un túnel!

VAL. Luego... acabamos el viaje en Zaragoza...

ADEL. Nos casamos en el Pilar...

VAL. Y al separarnos, nos prometimos amistad eterna...

ADEL. Y nos aprendimos de memoria unos versos de usted, para que, recitándolos, pudiésemos reconocernos en cualquier momento...

VAL. El crepúsculo es siempre igual...

El sol se esconde en el fanal
de unas nubes incandescentes...

ADEL. El crepúsculo es siempre igual...

¡Pero los hay tan diferentes!

Y he aquí que una nueva aventura, en la que usted aparece metido, vuelve a unirnos... ya un poco viejos...

VAL. (*Sonriendo.*) ¡Pchs!... El crepúsculo es siempre igual.

ADEL. ¡Pero los hay tan diferentes!... Berta me ha explicado... Pero ¿cómo se le ocurrió a usted entrar anoche por el balcón?

BERTA. (*Entrando por la izquierda.*) Señora... La señorita está en su alcoba llora que te llora... ¿Qué será que donde entra éste se acaba la paz? (*Por Valentín.*)

VAL. Estás equivocada, Berta. Donde entro yo, entra la paz. Por lo visto te has olvidado de que, cuando yo entré anoche, Alejandra y su marido se habían separado ya. (*Por la izquierda entra la doncella jovencita.*)

DONC. Señora; vengo a decir a la señora que en la puerta de la escalera está toda la mañana un perro que no hace más que arañar la madera y no se va aunque le demos escobazos.

VAL. «¡Kant!» ¡Ese es «Kant!»!

ADEL. ¿Quién?

VAL. «Kant», mi perro. (*A la doncella.*) Entrele usted en seguida. (*Se va la doncella.*) ¡Pobre «Kant!»! Es un setter que vive conmigo. Anoche, cuando entré por el balcón, venía con él; pobrecito, se quedó en la calle y, como olía mi rastro, no ha querido separarse de la puerta. Es un perro extraordinario.

BERTA. Pero su amo es más extraordinario todavía. ¿Ve la señora el jaleo que ha organizado en la casa? (*A Adelaida, refiriéndose a Valentín.*) Pues siempre ha hecho lo mismo. Por eso yo, que soy su hermana y que le quiero mucho, no he querido

vivir nunca con él, y prefiero la tranquilidad de servir a la zozobra de que me sirvan otros viviendo con Valentín.

VAL. Calumnias. Yo no soy quien arma jaleos. Es que me encuentro metido en ellos sin saber por qué. (*En la izquierda sueñan las voces de dos personas que discuten airadamente.*)

ADEL. ¿Qué es eso?

VAL. Otro conflicto... Seguro.

ADEL. ¿Qué ocurre? (*Por el foro entran Lisa y Gerardo. Especialmente él está que echa chispas. Les sigue la doncella.*)

GER. ¡Pues no! ¡Sabes? ¡Pues no! Es demasiado, ¿eh? Es demasiado, realmente.

LISA. Sí, es demasiado; lo dices. Y con tarifar, en paz. Yo tarifo. Tarifamos, ¡eso es!

ADEL. Pero ¿qué pasa?

GER. Que estoy negro. ¡Hala! ¡Negro! Realmente negro... Que si yo lo hubiera visto antes. Que si yo no hubiese ido una tarde al Real Cinema, no habría conocido a Lisa, ni estaría en relaciones con Lisa. ¡Ya está! Por ir al Real Cinema... ¡Por eso! Realmente, todo ocurre por ir al Real Cinema. ¡Realmente...!

VAL. «Realcinemamente», joven.

ADEL. Pero ¿qué es?

LISA. Que éste está en un plan imposible.

GER. Yo, ¿eh? ¡Ella! Ella, que no hay quien la aguante. Es inaguantable. Realmente inaguantable. Claro que a mí... ¡Nones! Porque si ella cree que yo... ¡Ca! Desde que ha visto que su hermana se va a divorciar, se encoge de hombros a todo. Y yo no quiero una mujer que se encoja.

ADEL. Me lo temía. Empieza a perder el interés por casarse.

LISA. No, mamá. Es que... (*Hablando aparte con Adelaida y Berta.*)

GER. (*En otro grupo con Valentín.*) Yo no sé quién es usted. Realmente no le conozco. Pero ¿usted qué opina de eso? ¿Usted qué me aconseja? Realmente, ¿eh? Realmente...

VAL. Pero realmente, ¿a usted qué le ocurre?

GER. Pues eso. Que no me hace caso; que se ha enfriado conmigo desde que sabe que su hermana se divorcia...

VAL. ¿Y usted quiere evitar ese enfriamiento?

GER. ¡Claro!

VAL. Pues no tiene usted mas que un camino. Asustarla. Hacerla creer que usted se va, o que la deja, o que va a tomar una decisión grave.

GER. ¡Eso es! ¡Sí, señor! Es verdad. Realmente es verdad. ¡Asustarla! ¡Claro! Hay que pensar algo para asustarla... (*Por la izquierda entra Alejandra. Tiene una expresión rabiosa por el semblante. Se acerca a Valentín.*)

ALE. Necesito hablar con usted muy seriamente de mi divorcio. ¿Lo oye usted? ¡De mi divorcio!

VAL. Muy bien.

ADEL. Espera un momento, hija mía. (*Llamando a la doncella jovencita.*) ¡Leonarda!

DONC. ¿Señora?

ADEL. Haz compañía a los señoritos... Gerardo... ¿Quiere usted pasar un momento al saloncito con Lisa? Lisa, ve con Gerardo.

LISA. Voy, mamá. (*A Gerardo. Señalándole la puerta de la izquierda.*) Anda...

GER. (*Aparte en el mutis.*) ¡Menudo susto se me está ocurriendo!... (*Lisa y Gerardo, seguidos de la doncella, hacen mutis.*)

ADEL. (*A Alejandra.*) No hables nunca de tu divorcio delante de Lisa, Alejandra.

VAL. Creo que su precaución de hacerles acompañar por la doncella es inútil. Gerardo y Lisa están «de monos». Realmente «de monos»...

ADEL. Lo he hecho por eso precisamente. Cuando unos novios están regañados es cuando se hallan en mejores condiciones para reconciliarse.

ALE. (*A Valentín, muy nerviosa.*) He meditado mucho sobre todo lo ocurrido. Usted tiene la culpa de que Mariano se haya ido como se ha ido. Y exijo que usted deshaga este error, que me va a costar la felicidad. ¡Lo exijo!

BERTA. Eso está muy bien. El que arme líos, que los desarme...

ADEL. Está usted en la obligación de devolver la felicidad a Alejandra y a todos, amigo mío.

ALE. (*Acosándole.*) Pero inmediatamente...

BERTA. Sin perder tiempo.

ADEL. Y así cumplirá usted con su deber.

VAL. Perdone usted un momento, señora, pero es la una y cuarto de la tarde.

ALE. ¿Y qué?

VAL. Que precisamente a esta hora quedé con mi sastre en que le telefonaría... Con permiso; ¿eh? (*Coge el teléfono, marca un número en el disco y se aplica el auricular.*) ¿Es usted, Menéndez? ¡Ah! Muy bien. Quería decirle que, por fin, necesito el smoking para mañana. Bueno, bueno. Adiós, Menéndez. (*Cuelga el aparato.*) Alejandra, discúlpeme... Decía usted, querida amiga, que este error le va a costar la felicidad...

ALE. ¡Naturalmente! Conozco a Mariano. Se ha ido creyendo que usted me había seducido y no volverá.

ADEL. ¿Que se ha ido creyendo eso? Pero ¿cómo es posible?

BERTA. (A Adelaida.) La señorita me lo ha contado entre lágrimas. Este ganso (Por Valentín.) se las ha arreglado de manera para figurar como un seductor.

VAL. Berta, prescinde por un momento de decir tonterías. (Se sienta en un sillón y enciende un cigarrillo.)

BERTA. Tú eres un lioso, Valentín.

ALE. ¡Perder a Mariano por culpa de un fontanero!

VAL. ¡Y dale con el fontanero!

ADEL. (A Valentín.) Sinceramente: está muy feo indisponer a un matrimonio.

ALE. ¿Y hay derecho, después de haber cometido una monstruosidad semejante, a tumbarse en un sillón y a prender fuego a un cigarro?

VAL. Considere usted que sería mucho más monstruoso que yo me tumbase en el cigarro y le prendiera fuego al sillón...

ALE. (Retorciéndose los dedos desesperada.) ¡Ay, qué hombre tan antipático!

ADEL. Pero, Valentín...

BERTA. (A Valentín.) ¿No te da pena ver la desesperación de esa niña?

VAL. Me da pena; pero es que, francamente, no comprendo qué es lo que se quiere de mí.

ALE. ¿Y qué voy a querer? Que Mariano vuelva...

BERTA. ¡Pobrecita! Y pensar que cuando el señorito se marchó iba diciendo por el pasillo: «Yo no piso esta casa ni con chanclos...»

ALE. ¡Que vuelva Mariano; eso es lo que quiero!

BERTA. (A Valentín.) Y te lo dice a ti, porque tu obligación es hacerle volver...

VAL. ¿Y no eras tú la que opinabas que debían divorciarse?

BERTA. Pero aquello era una nube de verano y esto es un pedrisco.

VAL. En fin, si no se trata más que de que vuelva Mariano... (Mirando el reloj.) Faltan tres minutos para que venga...

ALE. (Volviéndose rápidamente.) ¿Qué?

VAL. Eso. Que faltan tres minutos. (Adelaida y Berta se acercan curiosas a Valentín.)

ALE. ¿Habla usted en serio?

VAL. Tan en serio como cuando me examinaba de Anatomía patológica.

ADEL. ¿Hablabas en serio antes?

VAL. Sí.

ALE. ¿Es verdad que faltan tres minutos para que venga Mariano?

VAL. Dos minutos nada más. Ya ha pasado uno.

ALE. Pero ¿en qué se funda para suponer eso?

VAL. En que los hombres volvemos siempre. Ya ve usted el caso de Cristóbal Colón... Se fué a las Indias y al marcharse armó un jaleo nacional. «Que se ahoga»... «Que se cae en el vacío y se mata»... «Que no encuentra tierras»... «Que se muere de hambre»... Pues nada, a los pocos meses ¡volvía! ¿Por qué? Porque era hombre y los hombres volvemos siempre.

ALE. Pero Mariano se ha ido desesperado...

VAL. No importa. Dentro de un minuto está aquí.

ALE. ¿De un minuto?

VAL. De cincuenta segundos.

ALE. Pero... (*Por la izquierda entra la doncella jovencita muy contenta.*)

DONC. ¡Señorita! ¡El señor!

ALE. ¿Qué?

DONC. ¡Acaba de bajarse de un taxi!... (*Se va por el foro.*)

ALE. ¡Dios mío! ¡Y vuelve en taxi!

VAL. Eso no lo hizo Cristóbal Colón. (*Alejandra espera ansiosamente a Mariano.*)

ADEL. Sabía usted que volvía, ¿verdad?

VAL. Le he avisado yo por teléfono.

ADEL. ¿Cuándo?

VAL. Antes. La frase «Necesito el smoking para mañana» era una frase convenida con Mariano. Yo debía pronunciarla cuando estuviese convencido de que Alejandra deseaba su vuelta.

ADEL. Entonces, ¿todo había sido arreglado entre ustedes?

VAL. Desde anoche. Encontré a Mariano en la calle cuando salía rabiando de aquí, me contó lo que le pasaba y creí que era un deber en mí entrar por el balcón para hacer cambiar de opinión a Alejandra.

BERTA. ¡Líos! ¡Siempre líos por todas partes!

MAR. (*Entrando.*) ¡Alejandra!

ALE. (*Suspirando.*) ¡Ay! (*Se abrazan.*)

BERTA. Ya no falta mas que comer; son las dos.

MAR. ¡Valentín! Tú almuerzas con nosotros...

VAL. Si os empeñáis... (*Suena el timbre del teléfono. Des-cuelga el auricular y escucha.*) Sí. (*Con acento irritado.*) ¿Eh? ¡¡Vaya!!

ADEL. ¿Qué pasa?

VAL. (*Al aparato.*) Bueno... Bueno... Sí. (*Cuelga.*) No puedo comer con ustedes.

ALE. Pues ¿qué ocurre?

VAL. Telefonea Raúl; el abogado... Me necesita...

BERTA. (*Con convicción.*) ¡Otro lío!

VAL. Sí. Parece que se le ha escapado la novia con uno. (*En*

este momento Gerardo sale por la izquierda; viene fingiendo una gran desesperación. Le sigue Lisa, asustada.)

GER. ¡No! ¡No! ¡Antes que eso, me mataré! ¡Sí! ¡Me mato! (Coge la pistola que quedó en la mesa y se va por el foro, blandiéndola.)

LISA. ¡Por Dios! ¡Que se mata! ¡Que lleva una pistola! ¡Que la ha cogido de la mesa!

ADEL. ¡Gerardo!

VAL. No hay que apurarse; serenidad... Esa pistola está estropeada... (Dentro suena el zambombazo de un tiro.)

LISA. ¡Ay!

VAL. ¡Atiza! (Por el foro entra Gerardo. Trae los pelos de punta y la pistola cogida con dos dedos, como si fuera un trapito.)

GER. ¿Dónde pongo esto? ¿Dónde pongo esto? Que se dispara solo... ¡Que se dispara solo!

TELÓN

Números publicados de "COMEDIAS"

Núm. I. Jacinto Benavente: Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—E. García Álvarez y J. Abatí: Clara Luna.—
Núm. II. G. Martínez Sierra y Honorio Maura: Susana tiene un secreto.—G. Arniches y Antonio Paso: ¡Qué encanto de mujer!—
Núm. III. Alejandro Pérez Lugín y Manuel Linares Rivas: Currito de la Cruz.—Eduardo Marquina: El pavo real.—Núm. IV. Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández: Los campanilleros.—Luis Gabaldón y E. Gutiérrez Rolgi: Poderoso caballero...—Núm. V. Carlos Arniches: La cruz de Pepita.—Augusto Martínez Olmedilla: La mano de Alicia.—Núm. VI. S. y J. Álvarez Quintero: La consulesa.—F. Romero y G. Fernández Shaw: La sombra del Pilar.—
Núm. VII. G. Martínez Sierra: Mujer.—E. García Álvarez y Fernando Luque: Calixta, la prestamista.—Núm. VIII. Eduardo Marquina: Una noche en Venecia.—Jacinto Benavente: De cerca.—
Núm. IX. Manuel Linares Rivas: La jaula de la leona.—Francisco Serrano Anguita: La simpatía.—Núm. X. Pedro Muñoz Seca: La señorita Angeles.—Antonio Paso y Ricardo González del Toral: Soltero y solo en la vida.—Núm. XI. A. Torres del Alamo y Antonio Asenjo: Lorenza, la seria.—G. Martínez Sierra y Honorio Maura: Mary, la insoportable.—Núm. XII. Jacinto Benavente: La fuerza bruta.—Luis Chiarelli: La máscara y el rostro.—Núm. XIII. S. y J. Álvarez Quintero: Mundo, mundillo...—Pedro Mata: En la boca del lobo.—Núm. XIV. Muñoz Seca y Pérez Fernández: La tela.—Los chatos.—Núm. XV. Emilio G. del Castillo y Luis M. Román: La calejera.—Jacinto Benavente: El amor asusta.—
Núm. XVI. G. Martínez Sierra: Sueño de una noche de agosto Oscar Wilde: Salomé.—Núm. XVII. Sutton Vane: El viaje infinito.—A. Torres del Alamo y A. Asenjo: Rocío, la canastera.—
Núm. XVIII. Alberto Insúa: La madrileña.—S. y J. Álvarez Quintero: Fortunato.—Núm. XIX. José María Granada: Soleá.—Antonio Paso (hijo) y Francisco Loygorri: Las mujeres de Lacuesta.—
Núm. XX. Miguel de Unamuno: Todo un hombre.—Jacinto Benavente: Modas.—Núm. XXI. Stear Gipsy: El perfume del pecado.—Francisco Serrano Anguita: El aire de Madrid.—Núm. XXII. Gregorio Martínez Sierra: Esperanza nuestra.—Jacinto Benavente: El marido de la Téllez.—Núm. XXIII. Muñoz Seca y Pérez Fernández: El sonámbulo.—Gabriel D'Annunzio: La antorcha escondida.—Núm. XXIV. Manuel Linares Rivas: Almas Brujas.—E. García Álvarez y F. Luque: La caravana de Ambrosio.—
Núm. XXV. J. López Núñez: El niño de las monjas.—J. Juan Cadomas: El señor cura y los ricos.—Núm. XXVI. Pie Baroja: Arlequín, mancebo de botica.—El mayorazgo de Labraz.—Núm. XXVII. P. Muñoz Seca y J. López Núñez: El rayo.—Jacinto Benavente: El marido de su viuda.—Núm. XXVIII. S. y J. Álvarez Quintero: Zaragatas.—A. F. Lopina y J. F. Escobar: La rubia

del expreso.—Núm. XXIX. **J. Benavente**: La losa de los sueños. **Asenjo y Torres del Alamo**: Paloma de Postineras.—Núm. XXX. **P. Muñoz Seca**: La bondad.—**G. del Castillo y G. Palencia**: La joven Turquía.—Núm. XXXI. **Arniches, Paso y Estremera**: Los celos me están matando.—**José María Granada**: Te portas como quien eres.—Núm. XXXII. **Enrique Ibsen**: Casa de muñeca.—**Joaquín Benavente**: El suicidio de Lucerito.—Núm. XXXIII. **Joaquín Benavente**: Los intereses creados.—**Alfilerazos**.—Núm. XXXIV. **G. Martínez Sierra**: La hora del diablo.—**Suárez de Deza**: Ha entrado una mujer.—Núm. XXXV. **P. Muñoz Seca y P. Pérez Fernández**: La cabalgata de los Reyes.—**J. Benavente**: La señorita se aburre.—Núm. XXXVI. **J. Luengo y J. M. Granada**: Los Carvajales.—**Luis de Vargas**: Las de Mochales.—Núm. XXXVII. **P. Muñoz Seca**: El chanchullo.—Los trucos.—Núm. XXXVIII. **Luis de Vargas**: Charleston.—**F. Gómez Hidaigo**: Una comedia para casadas.—Núm. XXXIX. **J. Benavente**: La princesa Bebé.—El dragón de fuego.—Al natural.—Núm. XL. **A. Paso y R. González del Toro**: Los autores de mis días.—**Oscar Wilde**: El abanico de lady Windermore.—Núm. XLI. **E. Suárez de Deza**: Avéntura.—**Luis Manzano**: La perla de Rafael.—Núm. XLII. **Benavente**: La casa de la dicha.—**C. de la Barca**: El alcalde de Zalamea.—Núm. XLII. **S. y J. Álvarez Quintero**: La buena sombra.—**Enrique Ibsen**: Espectros.—Núm. XLIV. **Luis Manzano**: Doña Tufitos.—**Benavente**: ¡Si crearás tú que es por mi gusto!—Núm. XIV. **Emilio Sáez**: La familia es un estorbo.—**M. y A. Machado**: Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel.—Núm. XLVI. **Serrano Anguita**: La pájara.—**A. Dumas**: La dama de las camelias.—Núm. XLVII. **Suárez de Deza**: ¡Padre!—**Moratin**: La comedia nueva.—Núm. XLVIII. **Luque y Calonge**: La pastorela.—**Wilde**: La importancia de la serierad.—Núm. XLIX. **Abati y Lucio**: El niño desconocido.—**Candela y Plañol**: La niña pera

Núm. L. **Benavente**: Por qué se ama.—**Molière**: El avaro.—Núm. LI. **Loygorri y González Alvarez**: Locomo es un punto.—**Mirevaux**: El legado.—Núm. LII. **Martínez Sierra y G. Roig**: Guñitos.—**Musset**: El candelero.—LIII. **Cadenas y Abati**: Los nuevos señores.—**P. Muñoz Seca**: Los planes de Milagritos.—Núm. LIV. **P. Muñoz Seca**: La venganza de Don Mendo.—**Goethe**: Fausto.—Núm. LV. **Valentin de Pedro**: El veneno del tango.—**Mussét**: Fantasio.—Núm. LVI. **Cadenas y Abati**: Dollars.—**Tolstol**: El poder de las tinieblas.—Núm. LVII. **García Alvarez y Abati**: Riña de Gallos.—**D'Annunzio**: Sueño de un atardecer de Otoño.—Núm. LVIII. **Muñoz Seca**: El espanto de Toledo.—**Paso y González del Toro**: Suéltate el pelo, Rosario.—Núm. LIX. **Torrés y Asenjo**: La Peque resulta grande o lo que puede él ingenio.—**M. Fernández Palomero**: Las niñas de mis ojos.—Núm. LX. **Gabaldón y G. Roig**: El dúo de Manón.—**A. Paso (hijo) y E. Paso**: El espejo de las doncellas.—Núm. LXI. **Pilar Millán Astray**: Al rugir el león.—**Luis Salado**: Don Pablote.

Se ha puesto a la venta la admirable novela

ROSTROS EN LA NIEBLA

— DE —

JOSE FRANCES

(De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando)

He aquí un libro llamado a tener el gran éxito que merecen su amenidad, su interés y su emoción enorme.

ROSTROS EN LA NIEBLA

es una de las más bellas novelas del autor de tantas obras admirables.

Precio: CINCO pesetas.

LOS PEDIDOS-A

EDITORIAL SIGLO XX (S. en C.)

Rodríguez San Pedro, 26.—Apartado 8.036

EDITORIAL SIGLO XX

Rodríguez San Pedro, 26
Apartado 8.036.
MADRID

OBRAS PUBLICADAS

	<u>Pesetas</u>
Pedro Mata: Una ligereza.....	5,00
Eduardo Zamacois: Los dos.....	2,50
Alberto Insúa: Mi tía Manolita.....	5,00
Antonio de Hoyos y Vinent: El sortilegio de la carne joven.....	5,00
Paul Morand: La Europa galante.....	5,00
Alberto Insúa: Una historia francamente inmoral.....	2,50
Antonio de Hoyos y Vinent: Los ladrones y el amor.....	2,50
Emilio Carrere: El más espantoso amor..	2,50
José Francés: Su Majestad.....	2,50
Alvaro Retana: El paraíso del diablo....	5,00
Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández: Los extremeños se tocan.....	5,00
Honorio Maura: Julieta compra un hijo...	5,00
José Francés: Rostros en la niebla.....	5,00

Pedidos directamente a la

EDITORIAL SIGLO XX

Grandes descuentos a corresponsales y librerías



EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID